A. RIEU-VERNET y J. RUIZ-CONEJO

¡VOZ SUPREMA!

DRAMA DE LA GUERRA EN TRES ACTOS



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915

17

¡VOZ SUPREMA!

DRAMA DE LA GUERRA EN TRES ACTOS

DE

A. RIEU-VERNET y J. RUIZ-CONEJO

Estrenado en el TEATRO ESLAVA de Madrid, el 26 de Junio de 1915



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1915

Faltaríamos a un deber elemental de justicia si al frente de esta obra no rindiéramos público homenaje de gratitud a los cultos proprietarios del teatro Eslava, Sres. Lozano y Eslava, y a al brillante compañía que dirige el insigne García Ortega.

Voz Suprema *fué leída, ensayada y representada en el brevísimo espacio de siete días, constituyendo un alarde de entusiasmo y talento por parte de sus intérpretes.*

A ellos, pues, corresponde en su totalidad el éxito alcanzado, y es para nosotros un motivo de satisfacción hacerlo constar así, renovándoles el testimonio de nuestro agradecimiento.

A. Rieu-Vernet

J. Ruiz-Gonejo

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LUISA	Sra.	Nestosa.
MARGARITA		Jiménez.
DOÑA MARÍA		Alverá.
JUANITA	Srta.	Monserrat.
BERNARDA		Vázquez.
ROBERTO	Sr.	García Ortega.
DON BELTRÁN		Guirau.
DON GUSTAVO / DON PABLO		Tojedo.
CAPITÁN RICARDO / UN SOLDADO FUGITIVO		París.
RAMÉS / UN VETERANO		Allens Perkins.
TOBÍAS		Alarcón.
NAVARRO		Mora.
UN SARGENTO		Palou.
JEREMÍAS		Echevarría.
EL CHICO DEL JARDINERO	Srta.	Alfonso.

Soldados, mozos y mozas.

La acción en Montjoli, antiquísima ciudad de Nobilandia, país fronterizo de Yogolanda.—Epoca actual.

Derecha e izquierda, las del espectador

ACTO PRIMERO

Una plaza de Montjolí. A la izquierda, ocupando el primero y segundo término, la casa solariega de don Gustavo, con puerta y ventana practicables.

En primer término, a la derecha, una vieja hostería, sobre cuya puerta el viento hace oscilar una muestra, bizarramente pintada representando un león que entre sus garras tiene, aprisionada y mal herida, un águila con el siguiente lema: «Al León Noblandes.»

El fondo de la plaza lo cierran unos álamos centenarios cuyas ramas entrelazadas forman bóveda. Por entre los árboles se ve brillar el agua del río.

Ya en último término, casi como en sueño, al otro lado del río, la selva, las montañas y los fuertes que las coronan.

En la puerta de la hostería y en las ramas de los árboles penden infinidad de farolillos a la veneciana. Ocupando parte de la plaza, a la derecha, mesas con bebedores. En el centro algunas parejas bailan al son de aires del país. Es de noche. Verano. Brilla la luna.

ESCENA PRIMERA

TOBÍAS, NAVARRO, VETERANO, JEREMÍAS, MOZOS y MOZAS

Tob. Bien, muchachos, bien; el corazón se me ensancha al veros bailar. También yo, en mis tiempos, moví alegremente las piernas.

Nav. ¿Usted, compadre? Pero ese arcón, (Señalando al voluminoso abdomen del posadero.) ¿le permitió moverse alguna vez?

Todos ¡Ja, ja, ja!

Tob. (Molesto.) Este arcón fué ensanchando a medida que le fuí haciendo guardar cosas...

Nav. Cosas llamará usted a los barriles de cerveza.

Tob. Pero cuando yo tenía veinte años, el arcón estaba vacío; me veía perfectamente las puntas de los pies, y éstos me servían para algo más que para bailar.

Nav. ¡La vieja historia heróica!

Tob. Y aun ahora, si llega el momento de pasar el río y trepar aquellas montañas, (Señalando las del fondo.) ya verás cómo el viejo Tobías sabe dar lecciones a muchos jóvenes.

Nav. Esos son sueños en que ya no se debe pensar. La guerra es un crimen. Todos los hombres son hermanos y a todos se debe abrir los brazos.

Tob. No te diré que no, pero que empiecen ellos.

Todos Eso, eso, que empiecen los otros.

Nav. ¿Tú qué sabes de eso, Tobías? Tú sabrás disfrazar un gato en forma que resulte una liebre suculenta; pero de lo demás, ni... esto.

Tob. Yo he sabido dar mi sangre con alegría por ese viejo león. (Señalando el de la muestra.) Lo que tú no sabrás hacer nunca, mal patriota.

Nav. ¡La patria! ¡La patria! (Con desdén.)

Tob. Esas son cosas de don Roberto, del maestro, como tú le llamas.

Nav. Como debe llamársele, porque maestro podría ser de todos por su saber.

Uu mozo. Lo que es, es un loco.

Nav. Te voy a romper la cabeza, ¡insolente!

Todos Paz, paz.

Nav. Ya quisieras parecerte a su sombra.

Tob. Loco no diré yo que sea, Navarro; pero, ¿es de cuerdos lo que hace? Es médico, el número uno de la facultad; podía tener una clientela magnífica y no se ocupa de su carrera...

Nav. Se ocupa; pero para asistir a los pobres.

Tob. Más en mi abono: trabaja y no cobra. ¿Eso es de gente que está en su juicio?

Todos ¡Claro!

Nav. ¡Qué entendéis vosotros!

Tob. Otra cosa. Estaba en relaciones con su pri-

ma Margarita, un ángel; va a París, la abandona y se casa con la señorita Luisa.

Nav. ¿Y qué? ¿Tiene usted algo que decir de ella?

Tob. ¡Dios me libre!; pero aunque me empalasen no me casaba con una mujer que hubiera conocido en la cárcel.

Nav. Poco a poco, señor Tobías. No la conoció en la cárcel. Estoy bien enterado. El maestro fué reducido a prisión por un artículo en defensa de los obreros ametrallados por la fuerza pública. Y la señorita Luisa, que era ya su prometida, se condujo entonces con tanta abnegación, que el maestro decidió casarse con ella.

Tob. (Con malicia.) Casarse... civilmente.

Nav. Natural. Teniendo sus ideas no iba a hacerlo de otro modo.

Tob. Pero vamos a ver, Navarro, ¿tú comprendes que un hombre rico pase miserias? ¿Que siendo hijo único dé a sus padres los disgustos que les da?

Nav. ¿Por qué se disgustan? ¿Es un crimen pensar en el bien de la humanidad?

Tob. No te diré que eso sea un crimen; pero, ¿y conspirar contra la patria? Ahora mismo, ¿qué trama don Roberto? (Pausa.) Fuera de las horas de dormir, ¿dónde está? Al otro lado de la frontera. ¿Qué hace? Como me llamo Tobías que no lo sé.

Nav. Pues yo sí: laborar por la paz entre dos pueblos hermanos.

Vet. (Iracundo.) Hermanos, ¿eh? Cómo se ve que usted vive en la capital, joven. ¡Hermanos! ¿Usted sabe que ser noblandés es un delito en las provincias anexionadas? ¿Usted sabe que cuando pasamos las fronteras nos tratan como a parias? ¿Usted sabe que todas las noches, que todos los días hay alguna violación de frontera? ¿Usted sabe que ahora mismo funciona aquí una comisión mixta encargada de dilucidar el último incidente fronterizo? ¿Y usted sabe qué ha sido este incidente? Pues que una pobre niña, una criatura de quince años, ultrajada por uno de esos bárbaros, pidió auxilio a los

suyos, y éstos, en uso de un perfectísimo derecho, mataron al cafre. ¿Usted sabe todo esto? Pues si lo sabe y dice que esos salvajes son nuestros hermanos, es usted un idiota.

Nav. ¡Don Francisco!

Vet. Y si no lo sabe, debe usted callarse. Se lo digo yo: un veterano de la otra guerra, que se ha batido por la patria y que tiene, por tanto, derecho a hablar de esas cosas. Lo que usted, no.

Todos (Palmoteando.) ¡Bravo! ¡Bien!

Jer. ¡Chúpate esa! (Con voz afeminada, que empleará siempre.)

ESCENA II

DICHOS y DON BELTRÁN, que desde el final de la escena anterior fué aproximándose poco a poco al grupo

Bel. Muy bien dicho, don Francisco. (Le tiende la mano.)

Tob. Buenas noches, don Beltrán.

Bel. Sentaos, muchachos. (A los bebedores, que se levantaron al aproximarse al grupo.)

Tob. ¿Viene usted por la señorita Luisa?

Bel. Sí.

Tob. (Ofreciéndole un bok de cerveza.) Por la guerra.

Bel. (Bebiéndolo.) No, Tobías, por la paz. La guerra es el último recurso.

Vet. ¿Hay algo nuevo de la investigación?

Bel. Nada. La chica está gravísima, con una fiebre que no le permite declarar. El padre insiste en lo dicho.

Jer. ¿Y el muerto?

Nav. Jeremías, ¿quieres que tomen declaración a un cadáver?

Jer. Es verdad, es verdad.

Bel. Bien. Quedad con Dios.

Tob. El le guarde. (Entra en la casa de don Gustavo.) ¡Buena persona!

Jer. Mejor que su hijo.

Nav. Mejor, no; si acaso lo mismo.

Tob. (A Navarro.) ¿Te has convencido?

Nav. ¿De qué?

Tob. De que no tienes razón, de que...
Mozas Otro baile, otro baile...
Tob. El último. Ya sabéis, estamos casi en estado de sitio y que la autoridad, pasadas las diez, no permite grupos.
(Bailan de nuevo. El Veterano y los bebedores viejos se retiran. Tobías y Jeremías van llevándose las mesas y las sillas. Al terminar el baile, por la izquierda, aparece una patrulla.)

ESCENA III

DICHOS, un SARGENTO y SOLDADOS

Sarg. ¿Qué es eso, Tobías? ¿Cómo desobedeces las órdenes del gobernador del distrito?
Tob. Ya les advertí; pero la gente moza...
Un mozo Es cierto, fué nuestra la culpa.
Una moza Como es la fiesta del patrón...
Sarg. Bien, bien, despejad. March .. (Vase por la derecha.)
Nav. ¡Ah! los dichosos uniformes. Gracias a que pronto podré dejar el mío. Y menos mal que me concedieron permiso de media noche. Adiós, amigo Tobías.
(Se retiran mozos y mozas por grupos. Tobías y Jeremías entran y salen guardando los últimos utensilios. Se abre la puerta de la casa de don Gustavo y aparecen éste, don Beltrán, Luisa y Margarita. Luisa viste a la última moda.)

ESCENA IV

LUISA, MARGARITA. DON GUSTAVO, DON BELTRÁN y BERNARDA

Luisa Si a ustedes les desvía de su camino, que me acompañe Bernarda.
Bel. Lo mismo nos da empezar por un sitio que por otro.
Luisa ¿Y hacen ustedes todas las noches este recorrido?
Bel. Todas.
Luisa ¿Es una obligación del cargo de alcalde?

Bel. No. Es un acto voluntario. Como los vecinos del otro lado del río andan siempre buscando pretexto para promover camorra, tenemos dadas severas órdenes para que no se permitan grupos, ni paseantes, ni borrachos, ni establecimientos abiertos pasada cierta hora. A fin de convencernos de si se cumplen o no estas disposiciones y ocurre algo en la línea fronteriza, hacemos esta inspección.

Gust. Y yo le acompaño casi siempre.

Luisa ¡Qué penoso!

Bel. Ahora no. Un paseo de un par de horas o tres. En invierno, rudo y peligroso. Los centinelas de la frontera enemiga están siempre en acecho y al menor pretexto hacen fuego.

Luisa Es horrible la vida en estas poblaciones limítrofes.

Bel. Esa es la palabra. (Mirando al reloj) Ya es nuestra hora. ¿Permites, Luisa?

Luisa Vamos, vamos, la nena quizás esté despierta.

Bel. Ya sabes que con la abuela no te echa de menos.

Luisa Es verdad. Adiós, Margarita, ya volveré...

Marg. (Fríamente.) Cuando quieras.

Gust. Hasta luego, hija.

(El grupo se aleja por la derecha. Margarita, ensimismada, queda en la puerta. Bernarda junto a ella. Roberto aparece en último término izquierda, avanza cautelosamente y llega hasta Margarita cuando el diálogo lo indica.)

ESCENA V

MARGARITA, BERNARDA y ROBERTO

Marg. Bernarda.

Bern. (Poniéndose la mano en el oído.) ¿Eh?

Marg. (Muy alto.) Papá, Dios sabe el tiempo que tardará en volver.

Bern. Sí, hace muy buena noche.

Marg. Cada día más sorda. Vamos a acostarnos.

Bern. ¿El baile? Muy bonito; pero cuando yo era joven...

Marg. (Cogiéndola suavemente del brazo.) Arriba acabarás de contármelo. (Entra Bernarda y cuando Margarita va a seguirla, Roberto que llegó hasta ella le dice:)

Rob. ¡Margarita! ¡Margarita!

Marg. (Sobrecogida.) ¡Roberto!

Rob. (Con timidez.) Perdona. Espera.

Marg. Es inútil.

Rob. Te lo suplico.

Marg. No insistas.

Rob. ¡Oh, Margarita, no puedo vivir así! Tu desprecio me mata. Te ruego que me escuches. Necesito explicarte...

Marg. Hay hechos que no admiten explicación.

Rob. Margarita, piensa que me condenas para siempre. Al reo del delito más horrible se le escucha. ¿He de ser yo de peor condición? (Margarita vacila y se detiene, vencida al fin exclama:)

Marg. Sea.

Rob. Gracias, Margarita.

Marg. Pero no ahora. Bernarda está despierta. Tobías vela; todos saben lo que fuimos y pudieran interpretar mal... Cuando la última ventana esté iluminada, te espero. (Entra. Roberto queda un instante inmóvil. Luego cruza la plaza y tropieza con Tobías que se dispone a cerrar.)

ESCENA VI

ROBERTO y TOBÍAS

Tob. Dios le guarde, don Roberto.

Rob. Buenas noches, Tobías.

Tob. ¿A casa?

Rob. Sí.

Tob. Los hombres casados son esclavos. Por eso yo no me casé nunca.

Rob. Hiciste bien.

Tob. Y eso que su esclavitud de usted es una esclavitud con cadenas de oro.

Rob. Sí, sí.

Tob. ¿Y la abuela?

Rob. Bien, Tobías.

Tob. Al abuelo ya le ví; vino a buscar a la señorita Luisa y a su tío de usted...

Rob. Sí, sí.

Tob. ¡Cuándo acabarán estas cosas! Tengo unas ganas de que pasemos la otra orilla y...

Rob. Bien; adiós, Tobías.

Tob. Adiós, don Roberto. ¡Lástima de hombre! ¡Tan bueno y con esas ideas! De eso tienen la culpa los padres. Si en lugar de mandarle a la capital le hubiesen dejado aquí, entre los suyos, no se le hubiera trastornado la cabeza y sería tan patriota como nosotros. (Entra en la hostería y cierra. Queda la plaza en silencio y desierta; las luces interiores de la hostería van apagándose una a una. Poco a poco también las de la casa de don Gustavo. Sólo brilla la luna. Luego de un breve espacio de tiempo, asoma sigilosa Margarita en la última ventana de la casa, pero se retira vivamente al sentir la patrulla militar que cruza con paso rítmico. Se oyen dos tiros lejanos; la patrulla se detiene un momento y escucha.)

ESCENA VII

SARGENTO y SOLDADOS

Sold. 1.º Como todas las noches. ¿Contra quién o contra qué habrán disparado?

Sarg. Esto tiene que acabar mal.

(Se oyen las doce.)

Sold. 1.º Las doce ya.

Sarg. En marcha. (Desaparecen en silencio por la izquierda; vuelve Margarita a asomarse, escudriña la plaza y después se mete dentro brillando a poco una luz tras los cristales de la ventana. Roberto avanza cauteloso por la derecha. La luz se extingue. Instantes después aparece Margarita a la puerta de la casa.)

ESCENA VIII

ROBERTO y MARGARITA

Rob. Margarita.

Marg. Tiemblo de frío y de miedo.

Rob. ¿Por qué?

Marg. ¡Qué débil soy!

Rob. ¡Qué buena!

Marg. Sé breve. ¿Qué quieres de mí?

Rob. (Humildemente.) Tu perdón.

Marg. ¿Para qué lo necesitas?

Rob. Para vivir.

Marg. Para eso te basta el amor de tu esposa y el cariño de tus hijos.

Rob. No seas cruel. Comprendo el mal que te hice, pero quiero justificarme. Excusarme, mejor dicho. No ver siempre en tu mirada ese desdén y esa tristeza que me torturan.

Marg. Te equivocas.

Rob. No. Leí demasiado tiempo en tus ojos para que no conozca su idioma.

Marg. (Con amargura) ¿Y aunque así fuera, qué te importa?

Rob. Mucho, mucho.

Marg. Ya lo he visto. Pagaste con la traición y el olvido un amor sin límites, una fe ciega. Confiando en tus palabras, con la inocencia de una niña que por vez primera abre el alma a las caricias del ensueño, te entregué mi cariño; y tú, sin piedad, le pisoteaste destruyendo al propio tiempo mi vida.

Rob. (Apasionadamente.) ¡Yo te amé siempre!

Marg. Extraño amor que se probó dando tu nombre a otra.

Rob. Fué un vértigo, una locura. Yo no había salido nunca de aquí. Ignoraba las seducciones de las grandes ciudades. Estaba en la edad en que se desconoce el valor exacto de los propios sentimientos; lleno de ideas confusas y nobles, con la sangre hirviente, llegué a la gran Metrópoli. Y en aquella soledad, en aquel aislamiento, tanto más horrible cuanto que se da entre millones de seres humanos, encontré un espíritu que me entendiera, que me prestara el calor de su afecto, y...

Marg. No es necesario que sigas. Te olvidaste de Margarita, de la pobre niña que, entre tanto, languidecía por ti en un rincón de la vieja provincia, y a todas horas rogaba al cielo por tu dicha y por tu regreso. (Rompe a llorar.)

Rob. (Desesperado.) No llores, Margarita, no llores.

Marg. Hiciste mal en provocar esta explicación, que no puede tener otra finalidad que renovar mis heridas. ¿Querías mi perdón? Lo tienes. Me siento sin fuerzas para odiarte. Comprendo además que mi pobre espíritu no podía satisfacer al tuyo, lleno de luz y de grandeza, y excuso tu deslealtad. Pero te pido en cambio una cosa: Que sea esta la última vez que nuestras palabras se crucen; que jamas me importune tu mirada; que nunca me preguntes el por qué de mi tristeza; y que si puedes, Roberto, que sí puedes, te ausentes de aquí; me evites el dolor de verte, porque ese es un suplicio superior a mis fuerzas.

Rob. (Sin ser ya dueño de contenerse.) ¡Oh, Margarita, yo te amo siempre! Todo el encanto de mi juventud se renueva al conjuro de tu palabra.

Marg. Roberto, no añadas al olvido el ultraje. Si eso es cierto, no quiero saberlo. Diciéndolo me ofendes. Oyéndolo soy culpable. Ya que me robaste la dicha, déjame al menos el consuelo de una conciencia pura. Vete, vete para siempre.

Rob. (Exaltándose por momentos.) No, Margarita, no. Una fuerza superior me retiene a tu lado. Aunque sea cruel, no puedo privarme de la dicha de verte. Yo te quiero, Margarita, con toda mi alma y tú también a mí.

Marg. ¡Oh, no!

Rob. Sí, sí, Margarita No lo niegues; tus ojos desmienten tus palabras. ¿Por qué, si no, me pides que me aleje?

Marg. ¡No, no!

Rob. (Con extravío.) Sí, sí. Tú me amas. ¿Por qué entonces ser los dos desgraciados? Partamos. Lejos de aquí, donde nadie nos conozca, podremos labrar de nuevo el edificio de nuestra dicha; vivir el uno junto al otro, hasta que la muerte apague los latidos de nuestros corazones.

Marg. ¿Y eres capaz de tal proposición? ¿Fué para esto para lo que tanto insististe en verme? ¿No te bastó truncar mi vida? ¿Quieres también que te sacrifique mi honor? ¿Y fria-

mente, a mansalva, sin respetar siquiera que llevo tu misma sangre, me propones... eso?

Rob. (Reaccionando.) ¡Perdón! Estoy loco.

Marg. Debes estarlo cuando imaginaste tal vileza. (Pausa.) Adiós, Roberto. Haz lo que quieras. Nada tengo derecho a pedirte, pero sí te digo que todo terminó para siempre. (Se dirige a su casa. Roberto, enloquecido de remordimiento y de pasión, la detiene violentamente.)

Rob. ¡No, no!

Marg. ¡Suelta!

Rob. ¡Piedad o te juro que esta noche será la última de mi vida!

Marg. (Deteniéndolo.) No serás capaz de esa cobardía.

Rob. No me mataré, pero me haré matar. En la frontera, acechan ansiosos de sangre: iré a ofrecer mi corazón a las balas.

Marg. (Vacilante.) ¡Roberto!

Rob. ¿Para qué vivir puesto que me desprecias y me odias, puesto que nunca obtendré tu perdón?

Marg. No seas cruel.

Rob. Así al menos mi recuerdo no se apartará jamás de ti. (Intenta alejarse. Margarita, completamente dominada por su amor, le detiene.)

Marg. No, no por Dios, Roberto; ten piedad. ¿Cómo odiarte si mi vida entera eres tú? ¿Cómo despreciarte si mi corazón está postrado ante el tuyo?

Rob. ¡Oh, Margarita! ¿Ves cómo lo sabía?

Marg. ¿Por qué entonces arrancarme la confesión haciéndome cómplice de tu culpa?

Rob. (Estrechándola entre sus brazos.) El amor no es una culpa, Margarita.

Marg. El amor no, pero la traición sí.

(Lejano se oye el estampido de un disparo. Los dos a un tiempo recuerdan que sus padres recorren la línea fronteriza y arrancados súbitamente a su ensueño de amor, exclaman:)

Los dos ¡Mi padre!

(Hay un momento de angustia y de silencio, luego Roberto exclama:)

Rob. ¡Nada se oye! Espera. (Se aleja y se pierde entre los árboles. Margarita, pálida, inmóvil, aguarda ansiosa. A poco vuelve Roberto demudado.) Alguien se acerca.

Marg. ¡Huye! ¡Si nos viesen! ¡Es mi padre seguramente! (Rápido, Roberto, se desliza pegado a los muros del edificio y desaparece por la izquierda. Margarita entra en la casa atisbando por la puerta entornada. Por el último término de la derecha, lentamente, avanza un soldado de Yogolanda. A veces vacila. Otras se detiene llevando las manos al pecho. A intervalos mira con terror hacia atrás como si vinieran a su alcance. Así cruza la plaza. Con los ojos dilatados por el terror le observa Margarita. También Roberto. El infeliz viene a caer casi a las puertas de Margarita. Esta sale rápidamente sin ya pensar en el peligro. Roberto acude en su ayuda. Entre los dos recogen al herido que apenas alienta. Roberto le ausculta rápidamente.) ¿Muerto? ¿Muerto? (Con ansiedad.)

Rob. No sé. Agua. Unas vendas. Llama a Bernarda.

Marg. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Rob. ¡Espera! ¡Vive! Vuelve en sí.

Sold. ¡Ah! ¡Ah! (Incorporándose fatigosamente.) ¡Infames!

Rob. ¡Calle, calle!

Sold. Es inútil. Me acertaron bien. Y a mi compañero lo mismo. (Con voz apenas perceptible y entrecortada.)

Marg. ¡Desgraciado!

Sold. Pero yo soy dichoso... al menos muero entre los míos.. en mi patria.

Rob. No hable.

Sold. Estábamos ya en salvo... Habíamos pasado la línea, pero nos persiguieron y...

Rob. No hable.

Sold. Me hubieran rematado a no ser por dos caballeros que se interpusieron.

Marg. ¡Mi padre!

Rob. (A Margarita.) Calma. (Al herido.) Cállese.

Sold. Es igual... Mientras ellos porfiaban yo pude alejarme, ocultarme, arrastrarme hasta aquí... Mi compañero quedó allá, herido o muerto... detrás de los matorrales, al salir de los pinos.

Rob. Por favor, cállese.

Sold. Esto se va; quizás los tiros que se acaban de oir eran contra mis salvadores. ¡Maldita raza! ¡Vi... va... Nobilan... dia! (Expira en los brazos de Roberto. Dentro se oye rumor de voces y pasos, y a don Beltrán que dice:)

Bel. Por aquí, por aquí ha pasado.
Rob. ¡Mi padre!
Marg. (Enloquecida.) ¡Vete, vete!
Rob. Pero...
Marg. ¡Vete, vete! ¡Bernarda, Bernarda!
Rob. (Deja el cuerpo inerte del soldado sobre el suelo y se aleja.)

ESCENA IX

MARGARITA, DON BELTRÁN y GUARDIAS. Don Beltrán, alteradísimo, el vestido en desorden como después de sostener una lucha

Bel. ¿Qué pasa, Margarita?
Marg. (Turbada.) Sentí un disparo. Oí lamentos. Me asomé. Vi a este infeliz y bajé en su auxilio. ¿Y mi padre? ¿Dónde está mi padre?
Bel. (Vacilando.) Tranquilízate. Viene en seguida. Está en la alcaldía.
Marg. (Perdida la razón.) No es verdad. ¡Le han matado! ¡Le han matado!
Bel. Por mis hijos te juro que no, Margarita. Está preso. Lo estaba yo también. Pero al pasar por delante de las Rocas Negras, me precipité a través del bosque; no pudiendo seguirme dispararon contra mí, mas en vano. (Don Beltrán se aproxima al soldado, le examina, y convencido de que está muerto, se descubre y exclama:) ¡Uno más! ¡Que su sangre caiga sobre vosotros; raza de víboras! (El brazo extendido hacia los fuertes que dominan las montañas lejanas. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala despacho de la casa de don Beltrán. A la derecha, en primer término, puerta de la habitación de don Beltrán y doña María. En segundo, otra que da acceso al comedor de la casa y demás habitaciones de este piso. Al fondo, intercolumnio practicable que corresponde a una gran terraza que ocupa toda la fachada de la casa de este lado y da sobre un magnífico jardín, con el cual comunica por una escalera practicable también. En último término, y por entre los huecos del intercolumnio, se divisan las montañas y los bosques fronterizos. A la izquierda, en segundo término, puerta que corresponde a la escalera, la cual se supone sigue hasta el piso superior. En primer término del mismo lado, otra puerta correspondiente a la habitaciones de Luisa y Roberto. Entre las puertas primera y segunda de la derecha, un armero con varias escopetas. En el arranque de los arcos del intercolumnio, panoplias. El hueco que hay entre las dos puertas de la izquierda, le ocupa un gran cuadro de caracter religioso. Bajo él, un sillón monumental y una mesa de despacho con un teléfono. En el centro un velador, en torno del cual, un viejo sofá y dos butacones. El ambiente de una antigua casa solariega provinciana. Al levantarse el telón aparece doña María sentada en el sofá y Luisa en una de las butacas. La primera hace labor. La segunda se agita inquieta y preocupada. Es la madrugada, pero aun hay luz artificial.

ESCENA PRIMERA

LUISA y DOÑA MARÍA

En el reloj de la vieja Catedral se oyen las cuatro

Luisa ¡Dios mío! Las cuatro y ni Roberto ni papá vienen.

María No te alarmes. Quizás estén en el Casino.

Luisa No, es la primera vez que Roberto se halla fuera de casa a estas horas sin advertírmelo. Y en la capital, todavía tendría explicación... Pero aquí... (Se detiene y escucha.) ¿No ha oído usted?

María Es el viento. ¿Tienes miedo? Había oído decir a Roberto que eres muy animosa.

Luisa Y lo soy; pero tengo esta noche una inquietud... (Volviendo a escuchar.) ¿Oye usted?

María Te repito que es el viento que mueve las hojas.

Luisa No, no. Son sus pasos. Es Roberto. (Se levanta y va rápidamente a la puerta de entrada. En ella, algo descompuesto aún, aparece Roberto.)

ESCENA II

DICHAS y ROBERTO, por la puerta 2.ª de la izquierda.

María ¡Hijo!

Luisa ¿Qué te pasa? Vienes lívido.

Rob. (Dirigiéndose a Luisa.) ¿Por qué me esperaste? Ya sabes que me molesta.

Luisa (Humildemente.) Perdona, Roberto; pero tenía una ansiedad que no me hubiera permitido conciliar el sueño.

Rob. (A doña María.) ¡Y usted, madre, levantada a estas horas!

María Hasta que tu padre regresa, siempre; pero aunque no fuera esta mi costumbre, lo hubiera hecho por acompañar a Luisa. Ahora que estás con ella, os dejo.

Luisa Que usted descanse.

ESCENA III

ROBERTO y LUISA. Roberto queda abismado en sus pensamientos. Luisa le examina con escrutadora mirada. Al fin dice:

Luisa ¿De dónde vienes, Roberto?

Rob. He paseado. La serenidad de la noche invitaba a la meditación.

Luisa No, no, Roberto. Estás pálido como un espectro y dimana de ti un terror que me

hiela. ¿De dónde vienes, Roberto? ¿Alguna nueva conspiración? ¿Otra empresa que te arranque a mi amor y al de tus hijos?

Rob. No, Luisa, no.

Luisa ¡Oh, sí! Algo terrible combate tu espíritu. Nunca vi una expresión tan alterada en tu semblante... ¿Qué me ocultas, Roberto? ¿Has olvidado que soy tu compañera, que compartí, sin vacilaciones, el dolor, la prisión y la miseria contigo?

Rob. No, Luisa.

Luisa Habla.

Rob. Persiguiendo a dos desertores, una patrulla ha violado nuestro territorio, y ha disparado sobre ellos.

Luisa (Con ansiedad.) ¿Y tú...?

Rob. Tranquilízate. Me he limitado a prestar auxilios médicos a uno de los fugitivos. Por desgracia han sido inútiles.

Luisa ¿Es esa toda la verdad? ¿No interviniste ni corriste ningún peligro?

Rob. Ninguno.

Luisa ¡Oh, Roberto! Es preciso que nos vayamos de aquí. Todo me es hostil: el ambiente, la ciudad, tus mismos padres. Temo por tu vida y por mi felicidad. Roberto, ya luchaste bastante, piensa en mí, piensa en tus hijos.

Rob. Luisa, por las ideas no se lucha nunca bastante.

Luisa Pero se puede contribuir de otro modo a difundirlas: con la palabra, en el libro, en la tribuna. No como tú lo haces, Roberto, exponiendo diariamente la vida.

Rob. La vida es una antorcha. No importa que se extinga rapidamente si alumbra con más intensidad.

Luisa ¡Ah, Roberto! Pero es que ya no eres tú solo; si no quieres pensar en mi piensa en ellos. Tú sabes con cuanto entusiasmo comparto tus ideas, que cuando todos, hasta tus padres, te abandonaban, y te negaban, yo te entregué mi amor, y mi juventud, y arriesgué risueña mi vida; pero entonces, Roberto, éramos tú y yo... mientras que ahora... ¿No te detiene pensar que si tú les faltas

están solos, completamente solos... porque al fin y al cabo, yo no soy mas que una pobre mujer?

Rob. ¿Pero por qué esos temores, Luisa? Nada ha pasado ni nada pasará. Tú eres la que has sufrido una transformación inexplicable. Antes tan valerosa, y ahora tímida y cobarde, como una mujer vulgar.

Luisa Tienes razón. No sé qué me ocurre, pero un presentimiento de angustia y de infelicidad me aprieta el corazón. Esta enorme casa tan aislada, tan grande y tan fría; este cielo siempre gris; ese río que en la noche parece cantar salmos de muerte; el murmullo de misterio conque los bosques vecinos pueblan las sombras; todo ese conjunto de lúgubre paz que reina en esta vieja ciudad se me ha metido en el corazón y me lo oprime en términos que me hace llorar...

Rob. Por Dios, Luisa; no, no; cálmate.

ESCENA IV

DICHOS, DON BELTRAN y MARGARITA por el foro

(Margarita ve a Roberto acarciiar a Luisa; lleva una mano al corazón y con la otra se cubre los ojos.)

Bel. ¿Velabais? Me felicito.

Rob. ¡Padre! Margarita.

Bel. ¿Está levantada María?

Luisa Sí.

Bel. Avisadla.

María (Apareciendo segunda derecha.) Esperaba y te he sentido llegar, ¿qué ocurre?

Bel. Una patrulla de Yogolanda ha detenido al padre de Margarita.

Rob. ¿Era el padre de Margarita?

Bel. ¿Lo sabías?

Luisa Roberto acaba de contarme el suceso.

Bel. ¿Lo has visto?

Rob. Sí... Paseaba y...

Bel. ¿Y cómo no interviniste?...

Rob. Me hallaba a distancia... y por muy rápidamente que acudí fué tarde.

Bel. Yo escapé de milagro. Comuniqué al gober-

nador militar lo ocurrido y fuí en busca de la pobre Margarita. Estará con nosotros mientras la prisión de mi hermano dure.

Luisa Ven, ven; pues necesitarás descanso.

Marg. ¡Mi padre preso! Y yo ¡en su casa!

ESCENA V

ROBERTO y DON BELTRAN

Rob. El incidente es grave.

Bel. Gravísimo.

Rob. (Con ansiedad.) ¿Tendrá arreglo?

Bel. No lo sé; pero tarde o temprano de uno de estos surgirá la guerra.

Rob. ¡La guerra!

Bel. La guerra, mal que nos pese, hijo. La libertad de nuestros hermanos del otro lado del río, la venganza de los mártires sacrificados por no renegar de su patria, de origen y de afección; la bandera desplegada de nuevo gloriosamente al aire, besando al cielo que fué suyo; saludando la tierra que amparó por siglos, bendiciendo las cenizas de los héroes que murieron en su defensa.

Rob. ¡La guerra! Con su cortejo de crímenes, de violencias y de crueldades; la guerra segando en flor miles de vidas humanas, la guerra destruyendo la labor de siglos, haciendo retroceder la humanidad a la barbarie. ¡Oh! no será; nosotros lo impediremos.

Bel. ¡Ilusos!

Rob. Somos los más fuertes y los más numerosos. Si es preciso el sacrificio de vidas, que sea por la guerra a la guerra.

Bel. ¿No te avergüenza decirlo?

Rob. ¿Por qué?

Bel. El valor es la prenda más alta del hombre.

Rob. ¿Pero qué tiene que ver el valor con la guerra, padre? Valor el del médico, que entre contagiados, estudia el remedio al mal que les mata exponiendo sereno la vida; valor el de la enfermera, que sonriente cura al herido bajo una lluvia de balas; valor el del misionero, que por llevar la palabra divina a

tierras salvajes, sufre el martirio; valor el del apóstol de una idea, que como único premio a su labor ve en lontananza, trágicamente abiertos, los brazos de la horca o la cuchilla de la guillotina... Eso es valor, pero embriagarse en sangre, matar seres que son nuestros semejantes, destruir la obra de Dios, eso es fiereza, barbarie, crueldad, lo que usted quiera pero no valor.

Bel. ¡Calla! Calla, Roberto, que no sabes el dolor que me causas. ¿Cómo has podido olvidar las enseñanzas que con tanto ahinco te di; traicionar la sangre que corre por tus venas?

Rob. No, no la traiciono cuando en defensa de mis ideales la daría toda sin vacilar.

Bel. ¡Tus ideales! ¡Tus ideales! Los ideales de los sin patria.

Rob. Los ideales de los que tienen por patria la tierra, por hermanos todos los hombres, y por religión el amor a Dios en el respeto a sus obras.

Bel. Esos son sueños irrealizables.

Rob. Las realidades de hoy fueron los sueños de ayer, los sueños de hoy serán las realidades de mañana.

Bel. Pero entre tanto, la realidad es otra. Entre tanto, Roberto, hace unas horas mataron a dos hermanos tuyos al pasar la frontera, y en nuestro territorio nos acometieron a tu tío y a mí, y a él lo llevaron preso. ¿Qué dices a esto?

Rob. Que acaso esté usted equivocado; que acaso fueron ustedes los que cegados por ese patriotismo funesto pasaron la frontera, y trataron de ayudar a evadirse a unos prófugos, y, que por tanto, no fué de los otros, sino de ustedes la culpa.

Bel. No, no, Roberto. He nacido aquí. Tengo sesenta años. Conozco palmo a palmo el terreno. ¿Cómo piensas que me puedo equivocar?

Rob. La noche, las sombras...

Bel. No había sombras. La noche era clarísima, de luna. Tú lo sabes, puesto que paseabas. Y además has presenciado la lucha y sabes que todo ocurrió en Nobilandia.

ESCENA VI

DICHOS y LUISA segunda derecha

Luisa ¿Trataban ustedes algo reservado? (Dispuesta a retirarse.)

Bel. ¡Por Dios Luisa! ¿Y Margarita?

Luisa No hay modo de consolarla. Llora sin tregua. Me rogó que la dejase sola.

Bel. ¡Pobre criatura! La desgracia parece perseguirla. Sin madre desde niña, ahora le arrebatan su mayor cariño.

Luisa ¿Pero eso será transitorio?

Bel. Quién lo sabe.

Luisa ¿Usted cree?

Bel. Yo no espero nada y lo espero todo. Todo lo malo que pueda esperarse. (Pausa.)

Luisa Y tú, Roberto y usted, padre, ¿no van a descansar?

Rob. Me sería imposible, Luisa. Tú eres la que debes tratar de ello.

Bel. Si, te lo suplico.

Luisa Si no me siento fatigada y además no dormiría.

Bel. No importa. Aunque así sea, un poco de reposo te hará mucho bien.

Rob. (Automáticamente.) Sí, Luisa; te lo ruego.

Luisa Bien; no quiero que me tachen ustedes de díscola. (Vase primera izquierda.)

ESCENA VII

DICHOS y JUANITA, izquierda

Jua. Señor: el capitán Ricardo.

Bel. Que entre, Juanita. (Vase Juanita.)

Rob. Me retiro.

Bel. No, no; espera.

ESCENA VIII

DICHOS y el CAPITÁN, segunda izquierda

Cap. Buenos días, don Beltrán. Hola, D. Roberto.
Bel. ¿Qué le trae a usted por aquí, Capitán?
Cap. El coronel gobernador le ruega que si le es posible pase inmediatamente por su despacho.
Bel. ¿Hay algo nuevo?
Cap. Bastante, pero no sé si debo...
Bel. Está usted entre amigos y entre patriotas.
Cap. Los ministros se hallan reunidos desde que se les telefoneó la noticia, que ha trascendido rápidamente en la capital, produciendo una agitación enorme a pesar de lo avanzado de la hora.
Rob. ¡Oh! ¿Qué más?
Cap. Se telegrafió inmediatamente a nuestro embajador, que se puso al habla con el gobierno de Yogolanda. Parece que este, prevenido ya, sostiene que los hechos han pasado de otro modo.
Bel. ¡Le juro a usted...!
Cap. No es necesario, don Beltrán. Aunque no lo he visto estoy seguro que las cosas han sucedido como ustedes afirman. En vista de la gravedad del incidente y de la contradicción que existe entre los puntos de vista de ambos gobiernos, se ha acordado telegráficamente que se practique hoy mismo una información sobre el terreno por la comisión que ya entiende en el otro incidente de fronra. Es para hablarle de esto para lo que desea avistarse con usted el coronel.
Rob. (Con ansiedad.) Capitán, ¿cree usted que llegaremos a la guerra?
Cap. Mucho lo temo.
Rob. Es horrible.
Cap. Pero lo es más vivir como vivimos; bajo el imperio de una inquietud constante y en una tensión que no puede sostenerse por más tiempo.

Bel. A sus órdenes. ¿Nos acompañas? (Dirigiéndose a Roberto.)

Rob. No. Estoy muy cansado.

Bel. Un momento. ¿Pudiera sernos útil el testimonio de Tobías?

Cap. ¿Para qué?

Bel. Uno de los heridos expiró en la plaza, frente a la hostería; acaso Tobías haya visto algo. Juanita, que le avisen, para que venga inmediatamente.

(Vanse por la segunda puerta de la izquierda don Beltrán y el Capitán; tras ellos Juanita. Roberto les acompaña. Regresa luego y se hunde en un sillón. Abismado, la cabeza entre las manos, medita. Por la derecha, en la terraza, aparece Margarita seguida de Bernarda, ninguna de las cuales se da cuenta de la presencia de Roberto, hasta que el diálogo lo indica.)

ESCENA IX

ROBERTO, MARGARITA y BERNARDA

Marg. Me es imposible descansar. ¿Sabrán algo de mi padre?

Bern. ¿Que me acueste? Sería la primera vez que a Bernarda le diera el sol en la cama.

Marg. Sola; sola ¡y en esta casa! ¡Con ellos!

Rob. (Al sentir la voz de Bernarda se incorpora. Ve a Margarita y va hacia ella.) ¡Margarita! (Esta retrocede.) No huyas; ¿tanta aversión me tienes?

Marg. No; no es eso. Es que no debía verte.

(Vencido el primer impulso, avanza inquieta. Bernarda sigue en la terraza.)

Marg. ¿Hay alguna otra noticia de mi padre?

Rob. No, que yo sepa.

Marg. ¿De veras no me ocultas nada?

Rob. No, Margarita. (Pausa.)

Marg. (Escudriñando la habitación y bajando la voz.) ¿Saben algo? ¿Nos vieron?

Rob. Está tranquila.

Marg. No dirás nada, ¿verdad?

Rob. Nunca.

Marg. ¡Oh, qué culpable fuí!

Rob. El culpable fuí yo. No se que vértigo se apodero de mí.

Marg. ¡Si lo supieran!... ¡Oh, Roberto! Lo que ocurre es un castigo de Dios por haber accedido a tus ruegos.

Rob. Calla, Margarita; no aumentes mi remordimiento.

Marg. ¡No sé lo que tengo; un frío, un temblor... La cara del muerto no se aparta de mí! ¡Oh, aquella última mirada!... ¡Qué expresión de angustia y de terror!

Rob. Margarita, ¿me permites que vea tu pulso?

Marg. No.

Rob. Pues aun sin verlo, puedo asegurarte que tienes fiebre. ¿Quieres oir mi consejo? Acuéstate, Margarita.

Marg. No, no. Quiero saber qué es de mi padre. Di, Roberto, ¿te irás? Te irás pronto de aquí, ¿verdad?

Rob. Pronto y para siempre; te lo prometo.

Marg. Sí. Es demasiado para mí veros a los dos juntos. ¡Oh, no; no sé lo que digo!
(Siente un desvanecimiento y está a punto de caer.)

Rob. (Acudiendo en su auxilio.) ¡Margarita!

Marg. (Rechazándole.) No es nada; ya pasó.
(Se oye dentro la voz de don Beltrán que dice:)

Bel. No; no se saldrán con la suya.

Marg. (Aterrada.) ¡Tu padre!

Rob. (Tiene también un ligero movimiento de sorpresa e inquietud, pero se rehace en el acto.) En bien de todos, Margarita un poco de serenidad.
(En la puerta del foro aparece don Beltrán.)

ESCENA X

DICHOS y DON BELTRÁN, por el foro. A poco, DOÑA MARÍA segunda derecha

Marg. (Yendo ansiosa a don Beltrán.) ¿Mi padre?

Bel. Una buena noticia. Viene a declarar.

Marg. ¿Cuándo?

Bel. Llegará de un momento a otro.

Marg. ¡Oh! Voy a verle.

María ¿Qué hay, Beltrán?

Bel. Sigue todo lo mismo. Depende de la información.

María ¿Cuándo es?

Bel. Dentro de una hora.

María Bueno, bueno. Pues mientras llega, hay que reponer las fuerzas. Anoche no descansásteis, y hoy será día de emociones. Vamos, el desayuno espera.

Bel. Como quieras.

Marìa (Acercándose a la puerta primera de la izquierda.) ¡Luisa!

Rob. Quizás esté dormida.

Luisa Va... va. (Sale inmediatamente.)

María Vamos, Margarita.

(Margarita, sin contestar, la sigue. Vanse las tres por la puerta segunda derecha. Detrás don Beltrán. Queda solo Roberto completamente ensimismado.)

Rob. (Saliendo de su abstracción, y dirigiéndose hacia la primera puerta izquierda.) Sí. Es fuerza que me marche. Lo exige la tranquilidad de todos y el triunfo de mi causa.

(Vase por la primera izquierda.)

ESCENA XI

BERNARDA y TOBÍAS, por el foro

Bern. Sí. Hace un tiempo delicioso.

Tob. Que el diablo te lleve con tu sordera. Te pregunto si sabes ¿para qué me han hecho venir aquí?

Bern. Hemos venido esta misma noche.

Tob. Un picadillo haría contigo, vejestorio. ¡Está bien esto! ¡Hacerme abandonar el establecimiento a la hora de mayor concurrencia en manos del imbécil de Jeremías!

ESCENA XII

DICHOS y JUANITA, por la derecha

Jua. ¿Qué gruñe usted, Tobías?

Tob. Tú sabrás algo, o por lo menos, contestarás acorde.

Jua. Usted dirá.

Tob. ¿Para qué me ha mandado venir don Beltrán?

Jua. No sé.

Tob. (Irritadísimo.) Esa sorda y tú muda. ¡Estais buenas las mujeres!

Jua. (Picarescamente.) Para usted, ni buenas ni malas, señor Tobías.

Tob. Vamos, Juanita, no seas así. Dime lo que sabes.

Jua. Me da usted lástima. Pues bien: le han llamado... Pero antes tiene usted que decirme lo que se habla en la ciudad del suceso de anoche. Yo no he salido hoy todavía y nada sé.

Tob. (Con aire de importancia.) Un escándalo, Juanita, un escándalo. Hasta las mujeres y los niños están furiosos. Entrar en territorio noblandés... Matar a dos hombres... Apresar a nuestro alcalde.

Jua. ¿Pero usted lo vió?

Tob. No, Juanita; pero como si lo hubiese visto.

Jua. Quien lo vió fué el señorito Roberto. ¿Sabe usted?

Tob. ¿Lo ha contado él?

Jua. A la señora. Yo lo sé por casualidad. La señora estaba anoche muy inquieta porque era ya de madrugada y don Roberto no venía. Yo estuve levantado hasta que llegó, y me mandaron retirar; pero por muy deprisa que me fuí...

Tob. Tuviste tiempo de oirlo todo.. Eso pasa siempre.

Jua. Fué sin intención. ¿Sabe usted?

Tob. Lo creo. ¿Y qué ocurrió?

María (Dentro.) ¡Juana! ¡Juana!

Jua. Va en seguida, señora.

Tob. Un momento, Juanita.

Jua. No puedo, no puedo. (Vase por la segunda derecha.)

Tob. (Levantando las manos al cielo.) Se han propuesto matarme de curiosidad.

(El teléfono comienza a llamar insistentemente. Atraído por el llamamiento aparece Roberto por la izquierda. Tobías sale a su encuentro.)

ESCENA XIII

TOBÍAS y ROBERTO

Tob. (Este al menos hablará.) ¿Don Roberto?

Rob. Hola, Tobías. ¿Qué te trae por aquí?

Tob. ¿Conque soy yo el que tengo que decirlo? Eso le iba a preguntar a usted. Recibí un recado de su padre y...

Rob. Bien, bien. Entonces él te lo dirá. Pasa. (señalando la segunda derecha.) Ahí dentro le tienes.

Tob. Nada, se han juramentado para callar. (Vase por la segunda de la derecha.)

ESCENA XIV

ROBERTO, al aparato telefónico. A poco DON BELTRÁN y TOBÍAS

Rob. ¿Quién llama? Hola, capitán. Soy yo. Roberto... Muy bien... No se hará esperar. Voy a avisarle... Sí, sí; también iré yo.

Bel. (Por la segunda derecha.) ¿Qué era?

Rob. El capitán avisa que se va a constituir la comisión, y nos ruega acudamos inmediatamente.

Bel. Ahora mismo. Tobías.

Tob. Señor, ¿puedo saber para qué...?

Bel. Tú presenciaste desde la hostería los sucesos, ¿no es así?

Tob. Como le estoy viendo a usted.

Bel. ¿Y qué viste?

Tob. Ver precisamente... muy poco. Lo que hice fué oir. Eso sí, oir oí muy bien.

Bel. ¿Y qué oiste?

Tob. Le diré a usted, don Beltrán... Primero oí el reloj de la catedral dar la una. (Imita la campanada.) Luego... luego me metí en la cama y ya no he oído más hasta esta mañana, cuando me levanté, que había un alboroto y una de vivas y de mueras...

Bel. ¿De modo que no te enteraste que casi a las puertas de tu casa ha muerto un hombre?

Tob. De referencias.

Bel.	Lo siento. Tu testimonio hubiera sido útil.
Tob.	Si el señor quiere, yo lo he visto todo; su palabra es para mí el Evangelio.
Bel.	(Severamente.) Tobías. ¿No me conoces? Mentir, jamás. Ni aun por la patria. Vamos, Roberto.

ESCENA XV

DICHOS, MARGARITA y LUISA por la segunda de la derecha

Marg.	¡Yo también!
Bel.	Imposible.
Marg.	Quiero ver a mi padre,
Bel.	Cuando termine la investigación. Te lo prometo.
	(Don Beltrán, Roberto y Tobías se encaminan al foro. Luisa llama a Tobías.)
Luisa	¡Tobías!
Tob.	(Respetuosamente.) Señora...
Luisa	¿Quieres hacerme un favor?
Tob.	La señora dispone del viejo Tobías.
Luisa	Que me comuniques lo que ocurra tan pronto te enteres.
Tob.	Cuente con ello la señora. Voy a presenciar la investigación y... ¡Ay, mi pobre hostería! ¡Sola! ¡Completamente sola! Cuando llegue, no van a quedar más que los muros.
	(Vase Tobías por el foro.)

ESCENA XVI

LUISA y MARGARITA. Luisa se aproxima a Margarita, que llora en silencio, y amorosamente le dice

Luisa	No llores, mujer; no llores. Seguramente le pondrán en libertad.
Marg.	¡Quién sabe!
Luisa	No hay que perder las esperanzas.
Marg.	¡Sola!
Luisa	Sola no, Margarita. Nos tienes a nosotros.
Marg.	(Aparte.) ¡Ellos!
Luisa	Y si por desgracia, la prisión de tu padre se prolonga, esta casa es la tuya.

Marg. (Con repugnancia.) No, no.

Luisa (Dolida.) ¿Tan mal te va en ella?

Marg. ¡Perdón, Luisa! Estoy tan lastimada que no sé lo que digo. (Aparte.) A su lado, ¡qué suplicio!

Luisa Tú sabes cuan grande es el afecto que te profesamos todos: don Beltrán y doña María, te quieren como a una hija; Roberto y yo como a una hermana.

Marg. Gracias; pero si la prisión de mi padre se prolonga, y la guerra estalla, no quiero atormentar a nadie con el espectáculo de mi pena.

Luisa ¡Qué injusticia!

Marg. Lo será, no lo niego, mas como tengo la evidencia de ello, es inútil intentar convencerme de lo contrario. Iré a las ambulancias a ver si una bala piadosa pone término a mis dolores.

Luisa (Horrorizada.) ¡Margarita!

Marg. Es demasiado. No conocí las caricias de mi madre; estoy condenada a que la fatalidad siegue en flor todos mis cariños. ¿Para qué vivir entonces?

Luisa ¡Qué dices, criatura! (Intentando consolarla.)

Marg. Déjame Luisa. Te lo suplico; no hay nada más egoísta que el dolor. El mío es tan grande que se resiste a todos los consuelos, y se ahonda aun más con la piedad ajena.

Luisa (Extrañada.) Está bien.

(Momentos de silencio. Luego Luisa oprime el timbre y aparece Juanita.)

ESCENA XVII

DICHOS y JUANITA

Jua. ¿Qué desea la señora?

Luisa ¿Ha venido la prensa de la mañana?

Jua. No sé.

Luisa Si llegó, haga el favor de traerla.

(Vase Juanita, segunda izquierda. A poco vuelve con unos periódicos.)

Jua. Aquí tiene la señora.

Marg. (Saliendo de su abstracción.) ¡A ver! ¡A ver!

Luisa — No se ocupan de otra cosa. Mira, es el tema principal de estos artículos. Columnas y más columnas. Y qué títulos los de las informaciones. A juzgar por el espíritu que los anima la guerra va a ser inmediata.

Marg. — (Con desesperación.) ¡Y se llevarán a mi padre otra vez! ¡Y quizás no volveré a verle más! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me castigas así?

ESCENA XVIII

DICHAS y TOBÍAS

Tob. — (Aparece en la puerta de entrada resoplando furiosamente.) ¡Fu, fu, fu!

Luisa — ¿Qué hay, Tobías?

Tob. — ¡Fu, fu, fu!

Luisa — Siéntate, descansa.

Tob. — Corrí demasiado. Mis deseos son mejores que mis piernas,

Marg. — ¿Qué ha ocurrido?

Tob. — Lo peor que pudiera pasar.

Luisa — Explícate.

Tob. — No hay avenencia. Por supuesto, ¡cómo iba a haberla, si esos... lo que iba a decir... si esos están resueltos a que no la haya! (Señalando la frontera con las manos.) Y cuidado que las declaraciones de su padre han sido terminantes. De las de su tío no digamos.

Luisa — ¿Y Roberto?

Tob. — También el señorito Roberto ha dicho lo suyo. Pero que si quieres.

Marg. — ¡De modo...

Tob. — De modo que no ha habido manera de ponerse de acuerdo, y estamos como estábamos. Es decir, peor, porque antes había alguna esperanza, y ahora ni esto.

Marg. — Tobías, ¿y mi padre?

Tob. — Bien, bien; bastante bien. Un poco fatigado. Pero fuerte, fuerte.

Marg. — ¿Se lo llevarán otra vez?

Tob. — Eso sí que no lo sé. Por lo pronto está en libertad bajo palabra.

Marg. — ¿Vendrá?

Tob. Supongo. Quedaron encerrados, firmando, discutiendo... no sé qué diablo. No tardarán. Y ahora, si las señoras lo permiten, me retiro. La hostería está sola desde las ocho de la mañana, y son las doce.

Luisa Gracias, Tobías.

Tob. Las señoras manden. (Se inclina respetuosamente y se retira. Al pasar frente al último arco de la terraza, izquierda, mira por él, y deteniéndose, exclama:) Mire, mire, mire. (Dirigiéndose a Margarita.) ¿No se lo decía yo? Allí le tiene. En aquél grupo.

Marg. (Corriendo a la terraza.) ¡Padre!

Luisa Mujer, serénate. (A Tobías.) ¿Conoce usted al señor que le acompaña?

Tob. Ya lo creo; es el Presidente de la Comisión de Nobilandia.

Luisa Es verdad.

Marg. ¿Se van?

Luisa No, mujer, ¿no ves que vienen aquí?

Marg. (Retirándose del balcón.) ¡No puedo más!

Luisa (Yendo hasta la puerta segunda izquierda.) Aquí le tienes

(Aparecen don Gustavo, don Beltrán, Roberto y el señor Ramés. Margarita corre a su padre; éste le acorta el camino recibiéndola en sus brazos.)

ESCENA XIX

DICHOS, DON GUSTAVO, DON BELTRÁN, ROBERTO, el SEÑOR RAMÉS y DOÑA MARÍA

Marg. ¡Padre! ¡Padre!

Gust. ¡Margarita! ¡Margarita!

Marg. ¿Has sufrido mucho?

Gust. No, nada. No llores. Tú eres quien padeciste, ¡pobre niña!

Bel. (Presentando al señor Ramés.) El señor Ramés, comisario del Gobierno. Mi señora, mi hija política, mi sobrina.

Luisa (A Roberto.) Roberto, ya sé que no hay esperanza de arreglo.

Rob. Ninguna, o casi ninguna.

Bel. (A doña María.) El señor Ramés nos honra sentándose a nuestra mesa.

Ram. (Inclinándose.) Será un honor para mí.

María — Gracias. Entonces me permitirá dé algunas órdenes. ¿Me acompañas, Luisa? ¿Y tú, Margarita?

(Vase doña María por la puerta segunda de la derecha. La siguen Luisa y Margarita. Ésta se separa penosamente de su padre. Vienen a primer término, junto al velador don Beltrán, don Gustavo, Roberto y el comisario, que se sientan cuando el diálogo lo indica, ocupando el siguiente orden, de derecha a izquierda: don Beltrán, don Gustavo, el comisario y Roberto.

ESCENA XX

DICHOS menos DOÑA MARÍA, LUISA y MARGARITA

Bel. — Siéntese, señor Ramés. Sentaros.

Ram. — Mala jornada.

Bel. — Mala. Tenían el propósito deliberado de evitar toda avenencia.

Ram. — Indudablemente.

Gust. — Y sin embargo la razón está toda de nuestra parte.

Ram. — Así lo creo.

Bel. — Son ellos los obligados a dar excusas y no nosotros.

Ram. — Pues exigen lo contrario so pena de plantear un *casus belli*.

Gust. — Sería lo mejor.

Rob. — ¡Oh, no!

Bel. — Sí, sí. Es demasiado esta angustia, esta tensión constante, acabemos de una vez y que Dios decida. Estoy bien seguro de que la victoria será para nosotros.

Ram. — ¡Quién sabe! A ser posible preferiría evitar ese trance. Si yo hubiera visto una sombra de duda, algo que dignamente pudiera justificar la presentación de excusas, creería prestar un servicio a mi país aconsejándolo al gobierno... Por desgracia las pruebas son concluyentes. El testimonio de ustedes, que ya por sí solo sería suficiente, y sobre todo el de usted, don Roberto, por su significación política tiene un valor enorme.

Rob. — (Con ansiedad.) ¿Usted lo cree?

Ram. — Indudablemente. Si usted no hubiera pre-

senciado los hechos, si su declaración no concordase con la de su padre y su tío habría quizás esperanzas; pero cuando usted, enemigo jurado de la guerra, declara en ese sentido que sabe puede originarla, hay que reconocer la exactitud absoluta de los hechos y no hay manera decorosa de excusarse.

Rob. De modo que usted cree, señor Comisario, que si yo no hubiese visto nada o si las cosas hubiesen pasado de otro modo que dicen mi padre y mi tío, habría posibilidad de dar excusas y evitar el choque.

Ram. Exacto.

Rob. Pues bien...

Ram. Pues bien, ¿qué?

Bel. (Cortando la palabra a Roberto.) Pues bien, desgraciadamente no es así.

Rob. (Con angustia.) ¡Padre!

Ram. (Aparte.) Es extraño. Algo anormal hay en este asunto. (Llaman al teléfono ruidosamente.)

Bel. Veamos. (Poniéndose al teléfono.) Soy yo, Beltrán. ¡Ah! Bien, bien. (Dirigiendose al comisario.) Señor Ramés, el Gobernador militar le ruega que se ponga al aparato.

Ram. ¿Qué ocurrirá? (Se pone al aparato.)

Rob. (Aparte a su padre.) Padre, si depende de mí, no puedo tolerar que se vaya a esa monstruosa guerra que, principiando entre dos naciones, puede llegar a incendiar el orbe entero.

Bel. Pero la verdad es una, lo has visto. No puedes mentir. Tu honor...

Rob. ¿Y qué importa mi honor y mi vida, ante la catástrofe que pudiera evitarse.

Ram. (Antés de retirarse del teléfono,) Bien, bien. Gracias. (Reanudando la conversación.) La situación es gravísima. Las Cámaras se hallan reunidas y se discute apasionadamente. El pueblo de Yogolanda se ha lanzado a la calle en manifestación tumultuosa. Dar excusas teniendo razón o duda de razón es perder todo prestigio, pues parecería miedo; pero no darlas, si la razón falta, y lanzar el país a la guerra es un crimen. ¿No opina usted así, don Roberto?

Rob. (Sordamente.) Así es.

Bel. Pero repito, señor Comisario, y mi hermano podrá confirmarlo nuevamente, no existen asomos de duda. Fué en territorio nuestro donde la patrulla disparó sobre los fugitivos, fué en territorio nuestro donde hicieron armas contra nosotros y nos detuvieron.

Ram. Mi querido señor, sus palabras merecen todos mis respetos, y creo firmemente la convicción con que usted las pronuncia; pero la hora, el terreno cubierto de matorrales y bosques, que hacen difícil la apreciación exacta del sitio, la exaltación producida por el ultraje, la pasión patriótica, son un conjunto de circunstancias, que pueden oscurecer la vista más firme y la inteligencia más clara. ¿No opina usted, don Roberto?

Rob. (En cuyo espíritu luchan angustiosamente el deber de contribuir a evitar la guerra y el temor de comprometer a Margarita y sacrificar la felicidad de los suyos:) Así es.

Ram. Aun estamos a tiempo. El amor propio, el orgullo, deben en estos momentos subordinarse a los intereses de la patria... De mi informe depende la actitud del gobierno noblandés y mi informe depende de ustedes. (Pausa.) No es ya el comisario quien habla, no es el investigador oficial de la verdad, es un noblandés el que en nombre de la patria y de la humanidad invita a ustedes a que reflexionen, a que precisen bien sus recuerdos, por si hubieran sufrido una ofuscación.

Bel. Señor Ramés, soy un viejo militar que jamás mintió. Cuando digo una cosa es porque estoy seguro de ella, y nunca acostumbro a rectificar lo que digo... Si no estuviera usted en esta casa, que por ahora es la suya, le diría que no admito ni recibo lecciones de patriotismo.

Ram. No he intentado yo dárselas, señor; me he limitado a hacer un llamamiento a su humanitarismo, indicándoles que está en su mano evitar o promover la guerra.

Bel. Pues si está en mi mano a costa de una

mentira evitar la guerra, no quiero mentir. Que sea la guerra.

Rob. (Levantándose y con exaltación.) No, no será. Puesto que yo puedo contribuir a evitarla, lo intentaré.

Bel. (Lo mismo.) ¿Qué dices?

Rob. Digo, señor Comisario, digo, (Lentamente.) que antes he mentido.

Ram. Lo sabía, lo sabía.

Rob. Sí. Mentí creyendo que mi mentira no podría tener consecuencias, pero puesto que es así, lo repito, señor, he mentido.

Bel. ¡Mal hijo! ¡Mal caballero!

(A las voces han acudido doña María, Margarita y Luisa, que sin atreverse a entrar, escuchan desde la galería. Pálida e inmóvil, Margarita observa el giro de la conversación que adivina va a serle funesto.)

ESCENA XXI

DICHOS, DOÑA MARÍA, LUISA y MARGARITA

Rob. ¡Nada vi, ni nada oí!

Bel. Ahora mientes, ahora mientes, por evitar la guerra, por rendir culto a tus ideas de disolución.

Rob. No, padre, repito que nada vi.

Ram. Roberto, yo le creo a usted; desde un principio he advertido sus vacilaciones, y pensando ahondar en ellas acepté la invitación con que me honraron... pero es preciso que esa convicción se robustezca con los hechos; demostrar que es ahora cuando dice usted la verdad y no antes. He oido que cuando ocurrió el incidente no se hallaba usted en casa. ¿Dónde estaba usted? (Pausa.) Es la hora de los sacrificios.

Rob. ¡Oh, no puedo decirlo!

Bel. Porque miente; porque vió y oyó, y es ahora cuando sacrifica la verdad a sus ideas.

Rob. (Debatiéndose en una lucha cruel.) ¡No, no!

Bel. Sí, sí. Roberto, sí. Yo sé que eres capaz de todo en odio a la guerra, y cuando no has vacilado en llevar tu propaganda antimilitarista hasta los cuarteles exponiéndote a

duros castigos, cuando has escrito el libro «La patria no existe». Cuando has preparado y dirigido el último movimiento, revolucionario, ¿cómo vas a vacilar en mentir para impedir la guerra?

Rob. ¡No, no, digo la verdad, lo juro por mis hijos!

Ram. Pues bien, Roberto, ¿dónde estaba usted a esa hora?

Rob. Muy lejos del lugar de los sucesos.

Ram. ¿Pero dónde?

Marg. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

Ram. De no probarlo, su declaración carecerá de toda eficacia.

Rob. ¡Que horrible suplicio!

Ram. ¡Valor!

Bel. ¿Lo ve usted, señor Ramés? ¡Miente!

Gust. Es indudable.

Rob. Pues bien, lo diré. (Momentos de angustia.) A esa hora...: hablaba con Margarita.

Bel. ¡Ah, el miserable!

Gust. (A Margarita con expresión que encierra asombro ira, reproches) ¡Di que no es verdad! ¡Dilo!

Luisa ¿Tú, Margarita?

Marg. (Cayendo de rodillas.) ¡Perdón!

Bel. (Deteniendo a Gustavo.) Ella no; él es el culpable. Ella aquí, con nosotros, mientras te devuelven la libertad. El lejos... Traidor a la patria, traidor a la fe jurada, ese es el fruto de tus ideas. Sal de aquí para siempre. Para siempre, pese sobre ti mi maldición... ¡Maldito seas!

(Cae como herido por un rayo al pronunciar las últimas palabras. A su alrededor se agrupan doña María, Gustavo y Luisa. Roberto queda anonadado; Margarita, sola en el fondo, aún de rodillas, y con las manos cruzadas en actitud de súplica. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Son las tres de la mañana

ESCENA PRIMERA

PABLO y JUANITA

Jua. El golpe ha sido demasiado duro para el señor, y no sé si podrá resistirlo. ¡Qué desgracia para todos!

Pablo ¿Qué te ha dicho la señorita Luisa?

Jua. Que continúe sirviéndola, así como a la nenita, en su cuarto en el cual se ha encerrado mientras prepara su salida. Se marcha mañana para ir con su madre.

Pablo En medio de todo, no sé por qué. Está probado que la señorita Margarita es inocente. Era la primera vez que se veían desde el matrimonio de don Roberto.

Jua. (Dudando.) Eso dice ella pero...

Pablo (Con gravedad.) No, Juanita, eso dice ella, y eso lo sabe todo el mundo.

Jua. De todos modos doña Luisa no se iba a resignar a vivir en la misma casa donde la mujer de quien está enamorado su marido.

Pablo Es claro; mucho más cuando ve que los padres de don Roberto la prefieren.

Jua. Margarita está siempre en el cuarto de su tío. Este lo ha pedido así en cuanto ha po-

dido hablar un poco. Es ella quien le cuida con la señora.

Pablo Ya sabes que la señorita Luisa no ha sido la hija deseada; te diré más, no la han querido nunca, sobre todo el señor. Dice que sus ideas son demasiado adelantadas, y la culpa de haber guiado e impulsado al señorito en sus propagandas políticas. Por eso no ha querido verla ahora.

Jua. Y ella no podía ir tampoco sabiendo que estaba allí la señorita Margarita. Sin embargo me ha pedido repetidamente noticias sobre su salud.

Pablo ¡Es tan buena! Yo no entiendo lo que llaman ideas adelantadas, pero lo que sé es que en los pocos días que lleva aquí, se ha hecho querer por su trato cariñoso, sin orgullo.

Jua. Y también por los pequeños servicios que presta sin darles importancia. ¿Te acuerdas... (Dirigiéndose hacia la terraza.) Creí que habían llamado a la puerta del jardín.

Pablo ¿Si fuera el señorito? ¿Ha habido noticias suyas?

Jua. Esta tarde el hijo del guarda trajo una carta para la señorita. He conocido la letra. Y doña Luisa me ha encargado dijera al mozo que no había contestación ninguna.

ESCENA II

DICHOS y DOÑA MARÍA

María ¿Aún aquí? Vayan a acostarse algunas horas. Yo velaré lo que queda de noche.

Jua. A la menor novedad llámenos usted.

María Muy bien, a dormir.. (Salen: se queda sola arreglando algo.)

ESCENA III

DICHA y ROBERTO

por la puerta segunda de la izquierda. Entra como un ladrón escuchando

María ¡Tú por aquí, desgraciado!

Rob. Antes de marcharme he querido saber como está padre y abrazar a usted y a la niña.

María Tu padre muy grave; la niña llorando de ver llorar a su madre. La desgracia ha entrado en esta casa por tu culpa.

Rob. Explicaré a usted y a Luisa...

María Tu padre no quiere verte, no quiere oir hablar de ti. Dijo que su hijo había muerto y desde entonces no te ha mentado sino para maldecirte.

Rob. ¡Qué desgracia la mía!

María ¿Quién te obligaba a hablar como lo has hecho? ¿Por qué sacrificaste así la dicha de los que te rodean?

Rob. No me recrimine, madre. Sus reproches aumentan mi desesperación. ¡Si usted supiera cuánto he sufrido! ¡Qué lucha tan horrible han librado en mi corazón todos mis afectos! Cien veces hubiese preferido morir antes que hablar. Pero la muerte no era ninguna solución, y todo me impelía a que hablase. Nunca olvidaré aquellos momentos de angustia. Sacrificando a los míos y a los que más quiero, hablando, podía evitar una catástrofe horrible, millares y millares de muertos y de lutos. Con la tristeza y desesperación de mi mujer y de usted podía ahorrar el llanto de infinidad de esposas y de madres. ¡Qué eran las lágrimas de mis hijos comparadas con las de los innumerables huérfanos que una maldita guerra haría seguramente derramar! Nuestros dolores íntimos pasarán, madre mía. La muerte solo es irreparable.

María Pero todo ello ha sido inútil. El sacrificio de los tuyos y de Margarita en balde. La

guerra, esa guerra que querías evitar, ya es inevitable.

Rob. Aún no es la guerra. Aún hay esperanzas de conjurarla. Sería horrible. ¿Qué dice el médico?

María Espera que la fuerte constitución de tu padre, le permitirá resistir y sobreponerse.

Rob. ¿Dónde está Luisa?

María En su cuarto; de él no ha salido desde entonces.

Rob. (Pausa. La cabeza entre las manos, sentado junto a la mesa, medita. Luego adoptando una súbita resolución, se levanta y dice:) En cuanto vea a mi hija saldré para la capital.

María Luisa irá a unirse contigo.

Rob. Me temo...

María Sí; te quiere mucho, y los niños servirán de lazo. Lo mismo pasará con tu padre. Con el tiempo, todo se apaciguará. ¡Ah, estoy trastornada de tal modo que no se me había ocurrido! A propósito de esta guerra, ¿no tienes que ir tú?

Rob. (Vacilando.) No, madre.

María Sin embargo hiciste servicio de reservista hace dos años.

Rob. (Después de vacilar unos segundos, para tranquilizarla:) Fué en las oficinas. Ahí servimos también en tiempo de guerra.

María Un calvario menos. Te hubiera imaginado a todas horas herido, desangrado, muerto. (Le abraza fuertemente quedando así unos instantes. Llora)

ESCENA IV

DICHOS y el VETERANO por la puerta segunda de la izquierda

Vet. ¿Está don Beltrán? El teniente alcalde no sabe qué hacer. Está solo, hemos pasado la noche con él en el ayuntamiento, y a cada instante se reciben telefonemas y telegramas oficiales apremiantes.

María ¿Y los concejales?

Vet. Han ido todos a incorporarse desde el primer momento.

María ¿No hay un hombre enérgico para hacerse cargo del mando? ¿Y el señor Villamar y el señor Martín?

Vet. Todos los hombres movilizables salieron ayer noche para no perder una hora. Ya están en el cuartel. Solo quedan ancianos, niños y mujeres que lloran.

Rob. Llamad al viejo maestro de escuela, y confiad en él. Es hombre inteligente.

Vet. Marchó también. Apesar de sus sesenta años ha ido a sentar plaza de voluntario. ¡Ah, si mis piernas tuviesen un poco más de aplomo! Con qué entusiasmo me hubiese ido con él y con mis cuatro hijos. Nuestro suelo no debe ser hollado de nuevo.

María Hablad más bajo. Mi marido está gravemente enfermo desde ayer y no puede por ahora ni moverse de la cama. Haced, pues lo que os parezca. El amor a la patria inspirará seguramente vuestras resoluciones.

Vet. ¡Qué contratiempo! (Vase rápidamente. Todo lo rápidamente que le permiten la debilidad de sus piernas. Quedan la madre y el hijo. Clarea el día.)

María Me parece que oigo la voz de tu padre. (Vase primera derecha.)

ESCENA V

ROBERTO, CRIADOS, PABLO y después el CAPITAN RICARDO

(Se oye a lo lejos redoble de tambores y toque de clarines que se acercan, pasan por delante de la casa y se alejan conforme lo indique el diálogo. Por la derecha irrumpen en la terraza los criados que aplauden, vitorean y saludan al paso de las tropas.)

Pablo Es el regimiento que maniobraba ayer. Le veremos muy bien desde aquí.

Rob. (En cuyo espíritu el paso del regimiento evoca todos los horrores de la guerra.) ¡Pobres soldados! ¡Pobre pueblo nacido para sufrir! ¡Pobre carne de cañón con que juegan los poderosos!... Debo marcharme ahora mismo! Cada minuto que pierdo es de un valor inapreciable. La situación es casi desesperada, pero quizás podamos salvarla si cumplen todos su palabra.

ESCENA VI

DICHOS y CAPITÁN, por la segunda izquierda.

Cap. ¿Don Beltrán está en casa?

Rob. Mi padre está enfermo.

Cap. ¡Cuánto lo siento! Tengo una comunicación urgentísima. Dispénseme usted; la hora es muy grave. (Llama al aparato con impaciencia. Volviéndose.) Conocí a su padre de usted con motivo de un incidente bastante cómico: la matanza de un par de gallinas del mesonero de allá arriba. (¡Vamos, vamos! ¡Qué calmosos son!) Me acuerdo que escandalicé a su padre rehusando castigar al culpable, un antimilitarista ferviente, un tal Navarro.

Rob. Un infeliz.

Cap. Pero esto le hubiese llevado muy lejos. (¡Vamos, vamos!) (Impaciente y riendo.) ¿Y sabe usted lo que me ha prometido esta mañana para darme las gracias el dichoso Navarro? Pues nada menos que volver la espalda al enemigo al primer tiro, y desertar. (¡Vamos! Póngame al instante con el puesto militar próximo. ¡Vamos! Quisiera hablar con el comandante. Urgentísimo.
A la orden, mi comandante..............

....

No he visto ningún ciclista..............

....

Estoy en casa de don Beltrán............

....

Sí, le telefoneé respecto a eso. Se han visto algunas patrullas de caballería en el puerto del molino..............................

....

¿Cómo? ¡Un regimiento de caballería apoyado por dos de infantería, están anunciados!

....

Se dirigen hacia el puerto...............

....

Ya están. En cuanto venga el enemigo nos replegaremos combatiendo. ¿No es así?.....

....

¡Cómo! Pero es imposible. Tengo sólo mi compañía para resistir.....................

....

Pero, mi comandante....................

....

Está bien. (Cuadrándose.) Resistiremos, mi comandante. A sus órdenes. (Después de algunos instantes, sonriendo y dirigiéndose a Roberto.) Cáspita, eso principia bien. Doscientos hombres contra algunos millares, ¡y hay que resistir durante tres horas!... Si queda alguno de la cuarta compañía para contarlo, tendrá suerte.

Rob. Pero es una locura.

Cap. Los cazadores de montaña y el 58 están en camino, y seguramente vendrán otros detrás de ellos. Si llegan demasiado tarde, si las crestas fronterizas son tomadas, y la frontera hollada, si este valle es ocupado el día mismo de la declaración de guerra, piense usted en la resonancia que tendrá esto en Nobilandia. Si por el contrario, un puñado de hombres se sacrifica, y consigue impedirlo, el efecto moral será incalculable. Resistiré las tres horas necesarias. Don Roberto, adiós. (Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA VII

ROBERTO y JUANITA

Rob. (Queda pensativo; comienza a luchar entre sus ideas y el ambiente; al fin vencen aquéllas y resuelve partir. Llama a un timbre y aparece Juanita.) Pronto. Mi maleta y mis ropas. Enviémelas a la estación.

Jua. ¿Se va el señor?

Rob. Sí. Juanita. (Vase Juanita apresuradamente puerta primera izquierda. Roberto la sigue con la mirada, pensando un instante en todos los que abandona; luego con resolución se dirige a la puerta de salida. A su paso surge Luisa, interponiéndose entre él y la puerta.)

ESCENA VIII

ROBERTO y LUISA

Luisa ¿Dónde vas?
Rob. ¿Puede eso interesarte en algo?
Luisa ¿Dónde vas, Roberto?
Rob. Me marcho.
Luisa Sí, ¿pero adónde?
Rob. A la capital.
Luisa El tren de la capital sale a las doce. El de ahora va hacia Monfort.
Rob. Es verdad. Tengo que ver a Hofmon en Monfort; pero después subiré a la capital.
Luisa (Con vehemencia.) No es cierto; tú no te detendrás en Monfort. Tú seguirás hasta Suiza, y si te vas a Suiza, no es para un día, es para toda la vida...
Rob. ¿Y qué?
Luisa Tú quieres desertar, Roberto. (Roberto calla.) ¿Pero es posible? ¿Tú quieres desertar?
Rob. ¿Qué te importa? Desde ayer tienes una carta mía ofreciéndote explicaciones, y no te has dignado contestar. Confieso que mi culpa es grande; por ella, nuestra vida entera está truncada, rota. Todo me demuestra que nunca me perdonarás. Entonces, ¿con qué derecho me pides cuentas?
Luisa (Repite en voz más baja.) Tú quieres desertar...
Rob. Sí.
Luisa Es increíble. Conozco tus ideas contra la guerra, las ideas de tus libros, que son las mías... Pero nunca había reflexionado sobre este punto... Nunca me hablaste de ello... e hiciste bien, porque nunca lo hubiera admitido.
Rob. Pues tienes que admitirlo, Luisa. (Va hacia la puerta. Ella surje de nuevo en su paso.) ¡Déjame pasar!
Luisa ¡No!
Rob. Estás loca.
Luisa Escucha, Roberto.
Rob. No escucharé nada. No es la hora para discutir. He resuelto ir, e iré. No se trata de una ligereza. Es una determinación adopta-

da en el silencio y la calma. Déjame pasar. (Intenta pasar. Ella se lo impide siempre, rechazándole, con energía.)

Rob. ¡Déjame pasar!

Luisa ¡No, mil veces no; tú no desertarás, tú no harás esa infamia. Hay cosas que no se hacen. ¡Eso es monstruoso! Oye. (Se aproxima y sordamente:) Escucha, Roberto, escucha esta confesión. Tu conducta de anteayer la comprendí amargamente, tu crueldad hacia tu padre, hacia todos nosotros la comprendí también. He sufrido la muerte. He padecido más que todos. Cada una de tus palabras entraba en mí como fuego. Sin embargo, comprendí que lo hicieses. Era preciso sacrificarnos por la causa de la paz. Era tu derecho, era tu deber inmolarnos a todos para salvar a un pueblo. Pero lo que vas a hacer, no lo entiendo... ¡Qué ignominia! Si lo hicieses, pensaría en ti, como se piensa... yo no sé... como se piensa en lo más abyecto: con asco...

Rob. (Se encoge de hombros, impacientado.) Tanto peor si no me entiendes. Es mi derecho y también mi deber... tú lo has dicho.

Luisa Pues que la guerra está declarada, tu deber es incorporarte a tu regimiento y batirte; sí, batirte por Nobilandia, como todos, como cualquier campesino, como cualquier empleado. Vé con ellos, Roberto. ¡Vé! He admitido todas tus teorías, he sido tu compañera. Si nuestro lazo sentimental está roto, déjame por lo menos dirigirte este ruego supremo. ¡Vé con tu regimiento; tu sitio está ahí!

Rob. (Con exaltación.) Mi sitio está en todas partes excepto donde se comete el acto odioso de matar. Mi sitio está cerca de mis amigos. Tienen confianza en mí; la tengo en ellos. Con ellos debo unirme. (Pausa.)

Luisa ¿Dónde?

Rob. A la primera señal hemos jurado reunirnos en Suiza. Desde allí haremos un llamamiento a todos los pensadores de ambos países.

Luisa ¡Pero nadie responderá!...

Rob. Nuestros camaradas de Yogolanda responderán con el mismo entusiasmo que nosotros.

Luisa — Debes defender a tu país.

Rob. — Debo defender mis ideas. Tengo hermanos en Nobilandia como los tengo en Yogolanda. No siento ningún odio contra aquellos, no los mataré.

Luisa — Pues ellos, tengan odio o no, ten la certeza que marcharán contra nuestro país. Ninguno de tus amigos de allá faltará. La patria está amenazada. ¿No le prestarás la ayuda de tu esfuerzo? ¿La quieres menos que a ellos?

Rob. — No; la quiero con pasión.

Luisa — ¿Y dejarás que desaparezca?

Rob. — No puede desaparecer. El mundo no la dejará morir ni hollar.

Luisa — ¡Iluso! El mundo egoista aplaudirá al vencedor, y si no le aplaude, le respetará, pues el reinado de la fuerza habrá sustituído al del derecho.

Rob. — La idea no puede ser destruída.

Luisa — Pero sí vencida, escarnecida, muy alejado su triunfo... Además te llamarán cobarde.

Rob. — Hoy, quizás; pero dentro de diez años, dentro de veinte, me llamarán héroe.

Luisa — Pero tu nombre será maldecido mientras vivas. (Se oyen tiros.) Escucha, Roberto: (Más bajo.) Los primeros tiros. Se baten en la frontera, están defendiendo a tu país. Se trata de su vida o de su muerte... y tú desertas... ¿Tu corazón no palpita como el de un hijo? (En Luisa una expresión de angustia, de ansiedad indefinible. En Roberto la lucha reviste caracteres trágicos. Las ideas vacilan combatidas por los sentimientos atávicos que resurgen, por el amor de la patria que resurge también poderoso al conjuro de la palabra cálida y vibrante de Luisa. Al fin, quizás temeroso de que sus ideales queden vencidos, Roberto se decide.)

Rob. — Es preciso, es preciso. Lo he prometido y cumpliré mi palabra. Lo que tú llamás desertar es ir al combate, pero al verdadero y buen combate. No puedo escucharte más. (Roberto quiere salir. Luisa, en un esfuerzo supremo, le hace retroceder y, desesperada, asiéndose a él.)

Luisa — Una palabra, una sola palabra aún. Escucha, Roberto, no hagas eso, y si no lo haces... si no lo haces, soy capaz... ¡Oh! es horrible violentarme así... Sin embargo, no

quiero que te vayas. Oye, Roberto. Tú sabes cuál es mi orgullo, mi odio, y cuánto he sufrido por Margarita... pues bien... olvidaré todo. No te ofrezco el perdón, será el olvido... Jamás una palabra recordará el pasado; jamás una alusión, te lo juro... te lo juro sobre las cabezas de nuestros hijos. Pero no desertes, te lo ruego, te lo suplico, no hagas eso. (Se agarra a sus vestidos, estrechándose contra él.) No lo hagas; que tus hijos no tengan esa vergüenza. Los hijos de un desertor. ¡Oh, quédate, Roberto! Después partiremos juntos, y la vida volverá a ser como antes... (Se arrastra casi a sus pies, humilde, suplicante. El le coge las manos, las reúne entre una de las suyas, la rechaza y se dirige precipitadamente hacia la puerta de salida, segunda izquierda. En el dintel tropieza con el Capitán que entra seguido de un corneta, y retrocede.)

ESCENA IX

DICHO y el CAPITÁN RICARDO

Rob. ¿Qué hay? ¿Qué pasa?

Cap. Es imposible sostenernos allí... Son demasiado numerosos... Salen de todas partes... ¡Ah, estaba bien preparado el golpe!... Nos replegamos hasta aquí.

Rob. Entonces, ¿van a venir?

Cap. Sí; pero no importa trataremos de recibirles muy bien.

Rob. ¿Han traspasado la frontera?

Cap. Todavía no, pero suben por todas partes.

Rob. (Volviéndose hacia su mujer.) Aún no han traspasado la frontera.

ESCENA X

DICHOS y DOÑA MARÍA, derecha

Cap. Corneta, toque llamada, paso gimnástico. (A doña María, que ha entrado en la sala.) ¿Don Beltrán está enfermo?

María Sí, pero conozco sus intenciones. Disponga usted de esta casa y de todos nosotros, ordene usted.

Cap. Vamos a intentar lo imposible. (Saca su reloj.) Las doce. Aún hay que sostenerse dos horas más. ¡Ah! si tuviera solamente veinticinco o treinta minutos para preparar la resistencia aquí. Pero el paso del desfiladero está libre. ¿Señora, cuántos sacos hay en el almacén?

María Cuatrocientos vacíos, y más de cien llenos de diferentes materias.

Cap. Muy bien. ¡Peral!

Sarg. ¡Mi Capitán!

Cap. Todos los hombres al almacén. Los sacos llenos apoyados en la barandilla de la terraza. Corriendo, cada instante es una hora. ¡Ah, si tuviera aun veinte minutos! Habría probabilidades. La situación de esta casa es inmejorable.

Sarg. Mi Capitán, en varios sitios la tapia del jardín es demasiado alta. Los tiradores no alcanzan a ver el campo.

María Hagan lo mismo que si mi marido estuviera aquí.

Cap. Me habló cierta vez de un depósito de cartuchos.

María Sí; presentía todo lo que ocurre, y estaba preparado. Ten, Roberto, las llaves de la bodega. Las últimas pipas están llenas de municiones. Guía a estos señores.

Cap. ¿Todos los muchachos están aquí?

Sarg. Llegan los últimos trayendo a Navarro herido.

Cap. ¿Cómo? ¿Es de gravedad?

Sarg. No lo sé muy bien.

Cap. ¡Pero qué demonio! Era imposible contenerle. Siempre en primera fila.

Sarg. Tiene un modo muy especial de desertar ante el enemigo. Va hacia él disparando. (Vanse Roberto y el Sargento por la terraza derecha.)

ESCENA XI

DICHOS menos ROBERTO y el SARGENTO

Chico ¡Hay humo en la alquería del puerto, y llamas también! Sí; he visto subir las llamas.

Cap. (Corre a la terraza y vuelve en seguida.) El puerto está cerrado por las llamas. Eso nos dará muy bien los veinte o veinticinco minutos que necesitábamos; no hay otro camino.

Chico ¡Las llamas se van propagando! ¡Toda la alquería está ardiendo! ¡Pronto no quedará absolutamente nada de la finca del señor Tobías!

Cap. ¿Pero quién ha podido promover este incendio?

ESCENA XII

DICHOS y TOBÍAS

Tob. (Que surge de la escalera, la blusa quemada, la cara ennegrecida.) Yo.

Cap. ¿Usted mismo, señor Tobías?

Tob. Sí, yo; ¿podía hacer otra cosa? Le he oído decir cerca de casa: «¡Ah! si tuviera media hora para prepararme contra esta avalancha.» Entonces, incendié la alquería. Ya tiene usted la media hora que necesitaba.

Cap. ¡Caramba! Lo que acaba usted de hacer es sencillamente hermoso; permítame que estreche su mano.

Tob. Gracias; pero solo he cumplido con mi deber.

Sold. ¡Ahí traen a Navarro!

(Entra llevado por dos compañeros. Doña María y Luisa se precipitan hacia el herido.)

Luisa Yo estoy acostumbrada. Déjeme usted, madre, o más bien tráigame lo necesario para la cura. (Vase doña María primera derecha.)

ESCENA XIII

DICHOS y NAVARRO

Cap. Que hay, Navarro, ¿herido?

Nav. Nada, un cosquilleo en el hombro.

Cap. Y la sangre corre.

Nav. Dentro de cinco minutos no queda rastro, y me marcho; los compañeros me esperan. (Se incorpora penosamante y cae desmayado.)

Luisa (Se precipita hacia él tomándole el pulso.) La arteria está intacta.

Cap. Lo dejo a su cuidado experto. Voy a ver... (Luisa, inclinada sobre Navarro, se prepara a curarle.)

Luisa Pronto, madre, (Coge el botiquín que se le da; levanta la cabeza y ve que quien se lo entrega es Margarita.)

ESCENA XIV

DICHOS y MARGARITA

Marg. (Humildemente.) Mi tío acaba de despertar; tía me ha enviado en lugar suyo.

Luisa (El primer movimiento de Luisa es de estupor y retroceso; pero las angustias del momento, sobreponiéndose a los dolores personales, se rehace al instante y se dirige a Margarita como si nada hubiese ocurrido entre ellas.) Desenvuelve las vendas. (Margarita lo hace así, y ambas se inclinan sobre el herido como dos hermanas para ayudarse mutuamente.)

Nav. (Que vuelve lentamente en sí:) No, no, dejadme, soy fuerte. (Cada una de un lado diferente pasan un brazo detrás del herido. Sus cabezas casi se están rozando. En este momento aparece Roberto. Ve el cuadro. Vacila unos segundos, después entra.)

ESCENA XV

DICHOS y ROBERTO

Rob. ¡Un herido! ¡Navarro! Recostadlo suavemente. No es nada. La bala ha atravesado solo la carne, pero ha perdido mucha sangre. (A Luisa, y tomando un frasquito del botiquín.) Sostenle un poco la cabeza. (A Margarita.) Hazle respirar este frasquito. (Los tres están como si nada hubiera ocurrido. De repente el chico grita desde la terraza:)

Chico ¡Han pasado la frontera! ¡Hay dos que han pasado ya! (El herido vuelve en sí, se frota los ojos y reconoce al maestro, al jefe.)

Nav. ¡Ah! señor Roberto, qué dicha verle aquí. ¿Es verdad que ya vienen? Nos han engañado... todo estaba premeditado.

Rob. No hable ahora.

Nav. No, ya estoy fuerte. Nos hemos dejado arrullar por hermosas palabras que solo nosotros sentíamos, y ahora ellos (Indicando la frontera.) ya están aquí.

(El chico del jardinero conmovido.)

Chico ¡Cuanta tropa! ¡Ya vienen! ¡Ya han pasado la frontera!

(Momento de angustia suprema. Las mujeres caen de rodillas.)

Luisa ¡Dios mío! ¡Ten compasión de nosotros! ¡Protege a Nobilandia!

(El Capitán entrando con acento de desesperación.)

Cap. ¡Sí, ya han atravesado la frontera! (Pausa de unos segundos y después con voz firme.) Todos ocultos. Que no se oiga un tiro, ni una voz.

ESCENA XVI

DICHOS y DON BELTRÁN. En este momento por la puerta primera de la derecha sale don Beltrán, la cabeza desnuda, los cabellos en desorden, un pañuelo de seda al cuello, vacilando en su marcha

Bel. (A su mujer que le quiere sostener.) Déjame. (Va lentamente hacia las escopetas y coge una. Luego dirigiéndose al Capitán.) ¿Están ahí?

Cap. Sí, don Beltrán.

Bel. Acuérdese lo que le dije: la carretera está minada a unos quinientos metros de esta terraza. Entre aquellos dos pinos aislados, y desde aquí se puede volar.

Cap. Creo que no llegaremos a este extremo. El socorro estará aquí dentro de dos horas. Convendría de todos modos que las señoras se pusieran a cubierto.

María (Pensando en el riesgo que puede correr su nieta.) ¡Mi nieta! (Vase segunda derecha. Margarila mira con tristeza a Roberto y Luisa, y vase primera derecha.)

Cap. Ayúdeme tambien a hacer comprender a esa buena gente, que todos los que sean cogidos con armas se èxponen a duras represalias.

Pablo Posible, mi Capitán, pero esas son cosas que examinaremos después. Yo, me quedo.

Tob. Yo también.

Chico (El niño del jardinero.) Denme también un fusil.

Cap. ¿Tú también? Sí; la patria entera se pondrá en pie; una patria desconocida que asombrará al mundo. Cada uno en su puesto, pues; venid conmigo. (Salen por la terraza. Navarro se levanta, y con su brazo derecho, aun útil, coge una escopeta y vase detrás de don Beltrán.)

ESCENA XVII

LUISA y ROBERTO

(Roberto se dirige con resolución hacia la puerta segunda izquierda, por donde puede aun marcharse; después de unos pasos se detiene. Luisa, que le está observando con augustia, se aproxima á él.)

Luisa (Cogiéndole la mano con cariño.) Ya sé cuánto sufres, pero todo lo que el pasado te legó de amor para nuestro suelo se te impone. Escúchalo. Es él quien habla en ti ahora y te acongoja... Era tan hermoso nuestro ideal de paz y fraternidad...

Rob. (Separándose de Luisa.) Lo haremos triunfar a pesar de todo. Aun es tiempo quizás.

Luisa ¿Cómo lo conseguiremos si la patria desaparece?... Ya lo ves, tus piernas rehusan llevarte. El sentimiento y el instinto son más fuertes.

Rob. (Sordamente y con dolor.) El instinto... el sentimiento...

Luisa Has visto a Navarro, uno de los más exaltados. El pueblo, los humildes, con su clarividencia de siempre, han conocido inmediamente cuál era su deber, dónde estaba su puesto... (En este momento se oye un ruido sordo de tambor. Él se extremece. Cogiéndole de un brazo, sordamente y con angustia.) ¿Lo oyes? Ya están aquí, ya llegan. Su cultura, su mentalidad, su lengua impuestas a todos, a nuestros hijos.

Rob. No puede ser. No será jamás... (Oprimiendo su cabeza entre las manos.)

Rob. ¡Qué pesadilla tan horrible! (Aquí comienza un tiroteo contra la casa. Dentro se oye ruido de cristales rotos. Un grito de niño y otro de mujer. A poco, lívida,

entra la abuela con la niña de Roberto en brazos. Esta última, herida, desmayada. La colocan en una butaca. Todos se precipitan hacia ella. El padre y la madre la examinan, enjugándole la sangre de la cabeza.)

María (Con voz temblorosa.) Estaba jugando en un rinconcito con su muñeca.

Rob. (Levantando la cabeza con alivio.) No hay gravedad.

Luisa (Ofreciéndole una escopeta que acaba de coger.) Ten, tu hija herida te lo ordena; tu patria te lo pide.

Rob. (Cogiéndola con una especie de desesperación.) ¡Quién me lo hubiera dicho!

Luisa Yo, Roberto; estaba segura de ti. La Patria está en peligro. Defiéndela.

Rob. Nuestros hijos rehusarán. Se lo enseñaré. Ellos tendrán más valor que yo.

Cap. (Dentro.) Fuego a voluntad... a seiscientos metros...

ESCENA XVIII

DICHOS y DON BELTRÁN

Bel. (Apareciendo por la terraza con el fusil en las manos.) ¿Vienes, Roberto?

Rob. Sí, la patria ante todo; a luchar y a vencer para salvarla. Su voz misteriosa, tan compleja y potente ha desgarrado el velo que oscurecía mi cerebro y me ha indicado mi deber. ¡Patria generosa! ¡No debes ser hollada, no debes ser sometida, no puedes desaparecer. Tú eres ante todo, y para tí es mi sangre y mi vida entera!

Cap. (Dentro.) ¡Fuego!

Luisa (Cae de rodillas cerca del sillón donde está su hija, abrazándola.) ¡Patria querida!

FIN

EXTRACTOS DE LA PRENSA

Mundo Gráfico.

«Bruscamente, inopinadamente hubo de finar la «temporada de invierno». Fué una muerte súbita, tanto más sorprendente cuanto que cortaba en flor la representación de obras en plenas brillanteces de éxito, dotadas de transcendencias innegables. Concluían casi a la vez, Eslava, la Zarzuela, Apolo y el Cómico, dejando libre el campo a las campañas estivales. Eslava decidía cerrar recién aprobado el nuevo drama *¡Voz Suprema!*

»*¡Voz Suprema!*, el drama de Eslava, poseía, desde luego, importancia excepcional, y no por los valores intrínsecos de la producción precisamente, sino por el alcance de su «tesis», ya que invitados a clasificar esta obra habríamos de llevarla, sin vacilaciones, a la casilla de las demostraciones terminantes. La importancia provenía del llamamiento patriótico intentado por los Sres. Vernet y Ruiz-Conejo; un llamamiento directo, apartado de las anfibologías simbólicas de *El collar de estrellas,* por ejemplo Un socialista, enemigo de la guerra como todos sus correligionarios mundiales, aceptaba, entusiasmado, la lucha al sentirse herido en sus personales afectos. La «voz suprema», quería ser la voz de la patria, resurgiendo repentinamente de los propios olvidos desdeñosos.

»Y anotad la transcendencia imitativa, eso sí, pero muy interesante, de este drama extinguido al nacer. Nosotros, separados por los dos eternos partidos, proseguimos incruentamente la eterna pelea que informó la vida nacional durante todo el siglo XIX, imponiendo nuestras pasiones y descuidando gravemente las primordiales condiciones fraternas, zahiriéndonos implacables desde los puntos de vista respectivos. Sólo una agresión externa pudiera volver a unirnos, exhumando de pronto el alma de la raza. Si el caso llegase—sostienen los Sres. Vernet y Ruiz-Conejo—, la «voz suprema» surgiría unánime, al cabo, del fondo de cada pecho. ¿No es socialista—preguntan—nuestro héroe? ¿No es un paladín denodado del pacifismo *a outrance,* desentendido de las convencionales líneas separatorias de los pueblos, y no corre en busca de su fusil cuando el momento aparece?

»Pero hay más aún, y no por lo que el drama expresa, que es bien poco, dada la posición imitativa en que se colocaron los neófiitos, sino por lo que el drama sugiere. Nos referimos a la supuesta contradicción del socialismo acatando el combate actual. Los que con motivo de esta obra señalaron la contradicción, olvidaban que cada socialista de los paises beligerantes ha creido, acertada o desacertadamente, en una agresión del Estado contrario. Y creyendo, además, que son sus conciudadanos los que han conquistado mayores proximidades con el ideal de extensión humana perseguido, procuran defender con las armas sus puestos ideológicos, oponiéndose al ímpetu destructor que presienten en el bando contrario. No era otra, después de todo, la explicación que años atrás daban de su discutida filiación socialista algunos oficiales del ejército francés.

»De aquí que la transcendencia apreciada en la obra de los Sres. Vernet y Ruiz-Conejo, pueda proyectarse hacia el futuro, siendo como el comienzo de una serie probable que hubiera carecido de carácter sin la perspectiva de una conflagración que está removiendo los más sólidos principios. *¡Voz Suprema!* señalaba un aspecto dentro de nuestros medios escénicos, aspecto del que pensamos ocuparnos con la atención que merece, según las relaciones que venimos observando entre la guerra y las escenas extranjeras.—José Alsina.»

El Liberal.

«Desde ningún punto de vista peca de indiscreción el drama que, en tres actos y en prosa, han escrito los señores Rieu-Vernet y Ruiz-Conejo.

No fué, por tanto, el estreno el acontecimiento ruidoso anunciado por quienes, anticipándose a la representación, aseguraban que en la obra se desarrollaba un tema en estas circunstancias atrevido que apasionaría más de lo conveniente al auditorio.

Plantean, sí, los autores de *¡Voz suprema!* un problema social; pero el argumento está concebido sin rebasar un solo instante los límites de la discreción, y los personajes se mueven en un ambiente de «paz», ni más ni menos que en otros tantos dramas donde se han tratado asuntos análogos.

Así lo entendió el público, que, haciendo justicia a los autores de *¡Voz suprema!*, les obligó a que apareciesen en el proscenio repetidas veces al final de cada acto.

En la interpretación, que fué muy acertada, se distinguieron las señoras Nestosa y Jiménez y los señores García Ortega y Allen Perkins, sobre todo el señor García Ortega, que demostró una vez más que cuando estudia las obras no hay para él papel difícil.

¡Voz suprema! alcanzará, a no dudarlo, un gran número de representaciones.—C. J.

El País.

Los autores dieron con un asunto magnífico, de actualidad, humanísimo, y lo llevaron a la escena crudamente, sobriamente, olvidando que el público quiere ficción, disfraces, colores, convencionalismos.

Voz suprema es un drama patriótico, de gran actualidad, con algunas hábiles alusiones a la guerra actual. Es la novela de un joven socialista que lo sacrifica todo en aras de la paz; que en su afán de llevar siempre enhiesta la bandera de sus ideales redentores, llega incluso a hacer una confesión de adulterio a cambio de la cual puede salvar a su patria de una guerra segura, pero que reniega de sus doctrinas y siente la *voz suprema* del patriotismo, cuando las balas enemigas hieren a un hijo suyo, determinando esa reacción en el joven socialista una nueva vida, un nuevo corazón.

Se trata, en fin, de un drama romántico, sentido, de fuerte intensidad emotiva.

La señora Nestosa, la señorita Jiménez y los señores García Ortega y Alarcón, cumplieron su cometido admirablemente, sobre todo la señorita Jiménez, en la cual descúbrense, de un modo definitivo, clarísimo, grandes aptitudes de actriz dramática que la colocan entre los artistas de primera línea.

El Sr. Allens-Perkins, muy bien caracterizado en su papel de gobernador militar.

Todos, en una palabra, acertados, dignos de un aplauso sincero.—A. M.

El Heraldo.

Para todos los gustos hay en el drama de los señores Ruiz-Conejo y Rieu-Vernet, estrenado anoche con buen éxito en Eslava.

Los pacifistas a ultranza de los tres actos oyen las predicaciones que son de su agrado contra la guerra y las fatales consecuencias que acarrea. A su vez, los que acarician ideales más belicosos, y por un solo incidente de frontera no temen afrontar los peligros de una conflagración, escucharon las razones que avaloran su modo de pensar.

La presentación del tema en tal forma podría producir inquietud a los de uno u otro bando durante el desarrollo de la obra; pero como al final se acaban las predicaciones ante la patriótica y obligada necesidad de rechazar la brutal invasión y todos acuden a las armas, hasta el pacifista socialista de más hondos convencimientos, no hubo ni un discrepante en el auditorio, y así, con el desenlace, salieron los autores al proscenio, hecho que nos congratula y por el que felicitamos a los Sres. Ruiz-Conejo y Rieu-Vernet.

La obra contiene un pensamiento noble y generoso, y al

caer el telón los autores recibieron el beneplácito del público, como de seguro lo recibirán muchas noches.

En la ejecución se distinguieron mucho las señoras Nestosa, Alverá y Jiménez y los Sres. Garcia Ortega, en un personaje comprometedor; Alarcón y Allens-Perkins.

La Srta. Jiménez, con su trabajo en *Voz suprema*, prueba que es actriz de gran porvenir.—S.

El Ejército Español.

Fué, pues, el último estreno de la temporada el del drama en tres actos ¡*Voz suprema*!, original de los Sres. Rieu-Vernet y Ruiz-Conejo y que obtuvo una acogida cariñosa.

El fondo de la obra es altamente patriótico, puesto que Roberto, el protagonista, hombre de ideas disolventes y de los que se constituyen en apóstol de la Humanidad, con el orgullo propio de los que se creen ungidos para ser sus redentores, termina, ante los ruegos de su mujer y a la vista de uno de sus hijos víctima de los primeros ataques del enemigo, por acudir en defensa de su suelo, prescindiendo de sus ideales y posponiendo todo ante la libertad de los suyos.

El público aplaudió al final de todos los actos, haciendo salir a la terminación de la obra a los señores Rieu-Vernet y Ruiz-Conejo.

Precio: DOS pesetas